

La vida reducida a destilar lo doméstico*

Marisa Rubio

* Texto publicado parcialmente en la revista *Segunda Época* (Número 4), Buenos Aires, junio de 2020.

6 de abril de 2020

Cada quince días anuncian que el aislamiento se prolongará quince días más. Vamos ya varias semanas en cuarentena. Y nosotros con los chicos demasiado chicos para darnos cinco minutos de cualquier otra cosa.

11 de abril de 2020

Sábado. Antes de salir corriendo por la escalera que sube a la terraza, mientras los chicos todavía duermen, me preparo un café y paso por la biblioteca. Estiro bajo los rayos de sol el mantel cuadrillé y le sostengo las cuatro puntas para que no se vuele con algunos libros, plantas y la taza. Traigo los almohadones cuadrados de los sillones de hierro y me pongo cómoda. Uno a uno voy ojeando los libros y lamento no haber tenido la lucidez de traerme la gorra, así que me pongo el sombrero que últimamente uso para regar las plantas de arriba y charlar con la vecina, que también riega las plantas usando un sombrero.

La terraza de la vecina está un poco más abajo que la nuestra por lo que no creo que sepa qué cantidad de plantas tengo. Se la ve muy competitiva, desconfiada, aunque no sé si es así o el hecho de que cuente las macetas cada vez que termina de regarlas me hará suponerlo. El tema es que tiene un cuaderno espiralado donde va tildando como si estuviera tomando lista.

La miro desde entre las pequeñas columnas estilo jónico que sostienen un barandal contundente y ahí está, masticando la parte posterior del lápiz con insistencia. Mira fijo una maceta que, si no estuviese al alcance de mi vista, creería que se trata de un mal alumno. Ahora da golpecitos con el lápiz en el borde del cuaderno y de repente toma una decisión: deja todo en su mesa de

operaciones, que está en el medio de su terraza, y empuja la maceta hacia un costado, atrás de otras que son un poco más chicas. No las macetas sino las plantas. Se ve que ésta creció y ya no merece las filas delanteras. Conforme con su tarea se para al lado de la mesa central y gira, dando un paneo general a sus plantas como si se tratase de una tribuna expectante.

Algunos de los libros que me traje se ven interesantes, pero la mayoría parece haberse recalentado demasiado con el sol, malográndose. Vuelvo a mirar por entre las columnas con cierto resentimiento por haber perdido la concentración, pero la vecina ya se fue. Entonces no pierdo tiempo en pensar mucho y me apuro a terminar de leer el párrafo que había empezado, y guardo los libros en una de las macetas vacías que tengo de repuesto antes de que se conviertan en aviones, autos o pistas de carrera.

Abajo se escucha la música de cada mañana, el inicio de un prometedor desayuno. Me zambullo en la hamaca paraguaya que se mece en un rincón de la terraza bajo la sombra recortada de la Santa Rita aprovechando mis últimos segundos, dejándome llevar por las imágenes que se me van formando sobre las escenas que brotan de entre los ruidos que hacen Luis y los chicos, que me llegan como una caricia insistente.

18 de abril de 2020

Escuchamos el timbre como un llamado de otra dimensión. Hay que bajar las escaleras y abrir si queremos saber quién es porque el portero dejó de funcionar hace algunos días y no tenía sentido arreglarlo. Nos intriga, pero decidimos esperar a que vuelva a sonar para cerciorarnos de que es real. Y suena.

Bajo llevada por una alegría injustificada pero bienvenida, y me encuentro del otro lado de la puerta con la señora de la terraza vecina que sonríe sin barbijo, dejando ver una dentadura perfecta de grandes y un poco adelantadas paletas. Sin hablar y con gran

parsimonia comienza por deshacer el hermoso moño que corona un envoltorio brillante y esmerado. La atmósfera no llega a ponerse tensa, pero reina un aire solemne que me impide respirar con confianza.

Una vez retirada la cinta bebé, que guarda en uno de los bolsillos, con la punta de sus dedos finos la vecina va estirando el envoltorio hacia arriba, dejando ahora todo el papel plateado apuntando hacia el cielo. Habría que pararse sobre ella para ver el contenido del paquete, pero la ansiedad que me genera la situación no llega más que a un movimiento insistente de mis dedos presionándose mutuamente. La vecina chequea que esté atenta y, cuando por fin dejo de moverme, pone en posición su mano derecha sobre la envoltura y, después de aspirar profundamente, baja de repente y sin aviso el papel metalizado.

El gesto abrupto no me permite disimular bien la desilusión al ver el contenido desnudo del antes tan prometedor bulto. Allá, a una distancia de no menos de dos metros, se eleva triunfante un helecho. Sí, un helecho.

La confusión me fuerza a mirar hacia los lados en busca de una explicación. La vecina sigue sonriendo, lo que me genera todavía más desconcierto.

—Adiantum capillus-veneris —dice, dejándose sin saber qué hacer.

3 de mayo de 2020

Sentada en una de las sillas amuradas de la cocina normalmente logro ver por sobre la barra parte del living comedor, parte del ventanal, los muebles y la puerta de una de las habitaciones. Pero desde hace algún tiempo por más que me esfuerce no veo otra cosa que variedades de helechos.

El primero, que coloqué sobre una carpeta a croché justo en el centro de la barra, fue muy celebrado. “Una alegría para la vista y los pulmones”, dijo Luis, y festejamos con los chicos. El segundo ya no fue tan bien recibido, así que le busqué un lugar en la mesa del comedor, también con una carpetita abajo. Al tercero lo llevé directamente a un rincón del living. El problema fue cuando no hubo más espacios disponibles y no quedó otra alternativa que recurrir nuevamente a la barra.

Ahora nuestros desayunos parecen viandas selváticas que engullimos iluminados por el tubo fluorescente que nos alumbría desde abajo de la alacena, porque de tan robustas estas plantas no dejan pasar ni una gota de la claridad que llegaba del ventanal.

Nadie dice nada, cada tanto recibo con la mayor naturalidad un nuevo helecho y después sufro. En realidad no me molestan tanto, son miles de variedades, todas lindas. Para ser más precisa a veces varía la planta y a veces la maceta. A veces las dos, pero es más raro.

Como fueron días de mucho sol no quise llevar ningún helecho a la terraza, pero la mañana en que finalmente había reunido una lista lo suficientemente convincente como para ir hasta el supermercado, aprovecharon a subir seis o siete helechos antes de que invadieran también las habitaciones. Y recién ahí se me ocurrió subir a mirar a nuestra vecina.

Como siempre está regando sus plantas, que ahora están amontonadas en algunas zonas para dar espacio a un tablón, dos caballetes e infinidad de macetitas con distintos brotes. La veo encorvarse sobre algunas con devoción, mirarlas de cerca, tocarlas y me enternece. Tanto cariño. Evidentemente las adora. Y lo sé, por eso recibo las plantas con gusto. Sí, todo muy lindo, pero ¿qué tal si esas pequeñas germinaciones están destinadas también a seguir creciendo en nuestro living comedor? ¿Y si fueran apropiándose de otras zonas de la casa? ¿No vienen amenazando

ya con copar la cocina? ¡Hasta hay algunas en el baño! Ni hablar del balcón.

Aterrada por el futuro de nuestro hogar y dispuesta a sacrificar mi armoniosa vecindad, me oculto detrás de las columnas esperando a que la zona quede liberada.

Una vez que la vecina desaparece, me concentro en la tarea de derribar futuros helechos con la gomera usando diferentes proyectiles, que recluté en pocos minutos. Sin duda los cubitos de hielo que saqué del tereré son los mejores, cumplen su misión y al cabo de algunos minutos desaparecen sin dejar huella. Lamento no haberlo pensado antes, sobre todo por el dedal que podría delatarme.

17 de mayo de 2020

Voy directo de la cama al freezer, donde queda todavía una porción del glorioso tiramisú que nos dejó Tioscar en su última y lejana visita. Está escondida al fondo.

Mientras se prepara el café despliego el mantel floreado sobre la mesa con sillas que hay amuradas al rincón de la cocina. Después, un plato de porcelana muy lindo haciendo juego con la taza y su platito. Cuchara para la torta, cuchara para el café, jarra para la leche. Estoy dispuesta a disfrutar de tan preciados minutos de soledad. De la barra tomo el florero con el ramo colorido que Luis trajo para el cumpleaños de uno de los chicos, que todavía dura. La increíble porción entra justo en el plato y para lograr una consistencia exacta le doy cinco segundos de microondas, momento que aprovecho para llevar también una servilleta antes de sentarme.

Desde el idilio y entre los tallos y pétalos del soberbio ramo puedo ver cómo Luis llega a la cocina y desemboca directamente en la heladera con intensiones parecidas a las mías. Inspecciona mirando por sobre los anteojos cada estante. El gesto negativo

que repite en el recorrido me hace sentir cada vez peor. Por las dudas voy restándole parsimonia a mi desayuno y mi postura se va retorciendo hasta llegar a pegar casi la cara contra el tiramisú, protegiéndolo con la mano derecha y seccionándolo con la izquierda. Luis termina de chequear de punta a punta los poco convincentes platos que hay en la heladera y gira la cabeza buscando la cafetera. Dejo de moverme y no respiro con la esperanza de quedar oculta por las flores y él me mira con indiferencia.

—¿Querés más café? —me pregunta.

Cuando abre la puerta de la alacena para buscar una taza veo cómo nota la ausencia de una de las tazas chicas de porcelana. Lo veo chequear si también falta el platito y seguidamente contar los platos más grandes. Vuelve a mirarme. Los ojos sobresalen por arriba de los anteojos.

—Qué-estás-comiendo.

El brazo con el que protegía el tiramisú ahora lo abraza. Puedo sentir cómo su frescura empieza a atravesar mi bata. Él insiste, pero yo me escondo entre las flores. Se agacha y ahí refuerzo el muro de contención con el brazo izquierdo también. Entonces diestramente levanta el jarrón y me descubre.

Por unos segundos lo veo sostenerlo en línea recta con la hilera de botones del pijama. Los ojos desorbitados revelando un sinfín de elucubraciones que resuelve con una idea: chequear el freezer. Mientras deja el florero en la barra, abre la puerta e inspecciona entre bolsas y tapers, yo trago todo lo que puedo de lo que hay en el plato.

—¿No dejaste ni uno? —dice desde el freezer—, ¡no dejaste ni uno! —llorisquea—. Subís una sola vez más esa cuchara y... ¡ya me conocés! —me amenaza.

Como ya lo conozco la cuchara queda a medio camino entre el plato y yo, que estamos separados por solo algunos pocos

centímetros. Estamos desesperados. Lo miro y entiendo todo. Bajo la cuchara, estiro un poco el mantel, que se había corrido, y se acomoda junto a su flamante café. Mientras lo veo gozar del último trozo pienso en que vamos a tener que renovar nuestras existencias.

23 de mayo de 2020

Charlando con una amiga de las que venían a merendar los martes a casa, le muestro un paquete bastante abultado pero sin abrirlo. Hablamos mucho del paquete, pero no nos decidimos a desenvolverlo. Me gusta la previa de todas las cosas y por eso hago un rodeo extravagante para llegar, si es que llego, a la parte en que rompo el papel con garabatos chinos. Y llega, pero antes llegan a la reunión virtual otras dos amigas, y decido preparar otra merienda en la cocina para que, cuando bajen los chicos de la terraza, tengan con qué entretenese.

Para el glorioso momento de apertura sostengo estoicamente con una mano el teléfono mientras que con la otra voy corriendo un helecho con su respectiva carpeta a croché, que hice para un curso que empecé con la cuarentena y a partir del que todos los muebles según Luis finalmente vistieron con distinción.

Y la cosa emerge del envoltorio: un magnífico jarrón chino símil dinastía X. X no por diez, sino por equis, así, como si dijéramos fulano o mengano. Y mis amigas chochas mirando el traslado e instalación del delicado adorno sobre otra carpeta a croché de reciente factura. Rosa la carpeta, a tono con las delicadas flores de las extremidades de las ramas que decoran el maravilloso jarrón negro brillante de formas redondeadas, grandes, majestuosas curvas que todas aplauden entre exclamaciones.

Mientras disfrutamos de tan magnífico espectáculo, los chicos bajan de la terraza y, salteándose la merienda, convergen en el living comedor. Los presento ante la audiencia instalada en la

pantalla como mis pequeños saltamontes, para que muestren sus habilidades marciales. Vestidos elegantemente de blanco con cinturón de color van desplegando las posturas y sonidos que intentan recordar de los capítulos de Kung Fu que fuimos viendo durante los últimos días.

Para poder evocar estas experiencias al parecer les resulta necesario concentrarse mucho, y ver a estas señoritas los distrae drásticamente, y es por eso que, me imagino, cierran los ojos. Suspiro emocionada por tanto recogimiento y sucede la desgracia: en un esfuerzo por impresionarnos con la grulla cae el jarrón chino sobre el alfombrín púrpura que no sabe protegerlo.

Lógicamente, después de un momento desgarrador, en casa no vuela una mosca. Pego las partes mientras escucho a Luis hablarme del arte del Kintsugi.

28 de mayo de 2020

Después de meditarlo bastante y gracias a la autogestionada cuarentena optativa llegamos contentos el viernes a la mañana a la boletería de la lancha colectiva, cada uno con varios bultos. Ahí nos enteramos de que cuando el río está bajo la lancha no llega hasta donde está la casa a la que vamos, que va a haber que tomarse un remís fluvial. Llamamos al remís fluvial donde nos dicen que tampoco llegan, y ahí nos enteramos de que mejor va a ser llamar a alguno más chico. Preguntamos por uno más chico y nos dicen que en realidad son gente del lugar, que se hacen la gauchada unos a otros, que tendríamos que hablar con ellos. Queremos saber si alguien nos puede contactar con ellos y nos dicen que depende del lugar al que vayamos. Insistimos con la dirección de la casa, que está donde el río está bajo, y nos dicen que no, que desconocen quién pueda ser de por ahí.

Miro a Luis y a los chicos parados entre los bultos, desconsolados. La valija grande, el carro de las compras repleto de provisiones, la

heladerita con carne para el asado, las mochilas y bolsos con ropa, golosinas y snacks, la valija de Luis con bebidas espirituosas, todo ahí, una promesa de felicidad fragmentada en bultos inútiles. Y para colmo un sol radiante en un momento para el que anuncianan lluvia. Nos habíamos puesto contentos de que el día estaba lindo, era como un buen augurio. Pero no, al final si no llueve pasan estas cosas, una nunca sabe cuándo alegrarse o entristecerse. Una tragedia.

Para apalear los efectos de la mala noticia saco el taper de los sándwiches y les convido. Nos sentamos uno al lado del otro en un banco que da al río a ver cómo algunos afortunados suben sus cosas al techo de la lancha colectiva que nos deja en el muelle sin esperanzas. Uno de los que se encarga de subir las cosas nos mira y se compadece, debemos ser un triste espectáculo. Nos dice que en media hora él puede ir hasta su casa y buscar su lancha, que lo esperemos, y nos pasa un precio razonable por el aventón. Entonces de una corrida Luis va a buscar unos cafés para que la espera sea más llevadera.

Y esperamos. Esperamos más de media hora. Nos cansamos de esperar. Voy hasta la boletería para chequear si el río sigue bajo y me dicen que no, que ya se puede ir hasta ahí, pero que la próxima lancha sale a las 12. A esta altura no falta tanto para el mediodía, pero ya nos comimos los sándwiches que íbamos a almorzar, así que nos cargamos todos los bultos encima y enfilamos para el restaurante más cercano. La comida no está tan buena, pero al menos no hace tanto frío, aunque las puertas y las ventanas estén abiertas y nos haya costado horrores convencerlos de que nos dejaran sentar. Mientras esperamos a que nos acerquen los platos a la solitaria barra de entrega Luis va a buscar los boletos, no vaya a ser cosa de que se agoten ahora que solo viajan de a quince como mucho.

En el interín comemos en silencio en la mesa confinada al rincón de la ventana y uno de los chicos me pregunta qué habrá pasado

con el hombre de la lancha. Levanto los hombros un poco, él mastica un rato y me pregunta si no estará viniendo justo ahora, y otra vez subo los hombros. Pensar que donde había cuarenta mesas ahora hay una reemplazando la puerta de entrada y otra, la que estamos usando, al lado de la ventana, el resto afuera apiladas en un rincón de la galería de la estación fluvial, o en el parque, tan lindo que era, tan verde al sol.

—¿Y si viene justo que estamos subiendo a la lancha colectiva? ¿Qué hacemos con los pasajes?

Lo miro, respiro hondo y él mira por la ventana.

—¿Y si se enoja?

Insisto con la respiración profunda, vuelve a desviar la mirada.

—¿Y si llega de noche a la casa, mientras dormimos, y...?

Pido el postre, una copa helada llena de colores, cremas y cosas que logran dilatar el asunto hasta que llega Luis y nos apura para que vayamos hasta el muelle, que ya está la lancha. Y el hombre está ahí, cargando bultos. Cuando nos toca subir hace como si no nos conociera. Nosotros hacemos lo mismo. Y cuando nos sentamos del lado de las ventanillas por donde entra el sol miro a mi hijo por arriba del hombro, por arriba de los anteojos, y no se habla más del asunto.

28 de mayo de 2020, más tarde

Llegamos a la casa algunas horas después de lo esperado, donde nos recibe una señora con cara de dormida. Nos da todas las indicaciones y anota en un papel su nombre y teléfono. Habla con solemnidad, anteponiendo a cada oración un “lo que sería...”. “Lo que sería el microondas, pueden enchufarlo siempre que desenchufen lo que sería el termotanque”, “lo que sería el hogar tienen que apagarlo antes de irse a dormir”, “lo que serían las

llaves de la puerta las tienen que dejar en el florero ese que está en lo que sería la entrada”.

Desde la galería la saludamos y la vemos llegar al muelle, subirse a su lancha y llevarse al perro que habíamos visto dar vueltas por el jardín. Nos ladra hasta que lo perdemos de vista y así nos enteramos de que, aunque no los veamos, el lugar está plagado de perros que se suman al saludo.

A la noche llueve tanto, tanto, que el río sube y se lleva uno de mis zapatos de goma. Todo el suelo queda arcilloso, imposible caminar sin embarrarse. Y yo con mis zapatillas blancas.

14 de junio de 2020

Después de meses de aislamiento, a fuerza de una sostenida estupidez logré relajarme y ser feliz. Ahora no sé bien cómo volver a esto.

25 de junio de 2020

Entramos como si hubiéramos estado esperando semanas pegados a la puerta del consultorio del Dr. Montykow, que no admite consultas virtuales. Nos abre Betty con un gesto que me hace pensar en una parálisis facial muy bien llevada. La puerta queda emparedada entre ella y nosotros a un ángulo de 45 grados. Pasamos con cierta dificultad.

Luis se queda trajinando con Betty y me deja parada en medio de la sala de espera. A mi derecha está la puerta cerrada del consultorio del doctor. Justo al lado, a la izquierda de la puerta, hay un hombre nervioso esperando. A cada rato mira por arriba del hombro para chequear que la puerta del consultorio no se haya abierto, y como sigue cerrada vuelve a apoyar los codos en las rodillas resoplando. Arriba del hombre hay un cuadro, una lámina que no solo muestra una reproducción de Gauguin sino

que también contiene los datos del marquero, incluido el logo. En frente mío hay un sillón, el único de la sala, y arriba del sillón una pantalla donde se puede ver un programa de cocina. Carne en salsa complicada. A mi izquierda otro hombre. Está relajado, mira al que le queda enfrente con los ojos a medio abrir y el mentón un poco adelantado, abultándole el barbijo. Arriba suyo otra lámina del mismo marquero, esta vez un paisaje de Van Gogh, y a su derecha una puerta que lleva al baño, el mismo donde hace unas semanas estuve encerrada mucho tiempo. Detrás mío el escritorio de Betty, que si no estuviera ella y todos sus papeles, computadora, impresora, teléfono, acrílico y ficheros podría ser una barra que antecede a una cocina, que fue tapada con una pared de durlok bastante bien lograda. Tiene perfectamente centrados tres cuadros iguales con motivos simpáticos.

Justo cuando estoy mirando Luis me ve y me dice que me siente, que ya termina. Y sin cuestionarlo voy directo al sillón. Estoy contenta porque es el lugar más cómodo de la sala, pero cuando me doy cuenta de que encima mío está el televisor quedo paralizada. Miro a los hombres, cada uno en sus asuntos. Por suerte no tiene volumen y puedo seguir pasando desapercibida.

—¿Cuál era la dosis que estabas tomando?

Más que preguntar Luis me grita. El hombre relajado gira la cabeza sin inmutarse y me registra. No respondo, intento desaparecer dejando de respirar, entonces lentamente va subiendo la mirada hasta la pantalla y la deja ahí colgada. Ahora siento tener una guillotina a punto de caerme encima.

El hombre va y viene de la pantalla al otro hombre, siempre con la misma tranquilidad. Por suerte no entro en el recorrido, que repite sin apuro pero sin pausa.

Después de ver por un buen rato que en ese vaivén no me tiene en cuenta, siendo que ocupo gran parte del sillón y que mi remera es de un color llamativo, empiezo a preocuparme. Disimulo para que no se note no tanto la preocupación sino mas bien que estoy

ahí. Transpiro. Miro intercaladamente a un lado y al otro chequeando que ninguno se fije en mí. También miro para donde está Luis y lo veo con el mismo gesto de espera que tiene Betty.

Sin mover nada más que los dedos correspondientes indico los gramos que me recetó el Dr. Montykow la última vez y para mi desgracia, cuando vuelvo a chequear, el hombre relajado decidió posar su somnolencia sobre mis dedos, que ahora se agarran fuertemente de las rodillas sin mi consentimiento. No me mira a mí, mira mis dedos como si fuesen independientes de cualquier otra cosa. Hago la prueba y despego un poco de la pierna el índice causando un aumento casi imperceptible en la apertura de los párpados. Para cerciorarme de que es así, levanto también el dedo mayor, y después el anular, y así hasta ver que el hombre finalmente abre los ojos con normalidad.

Satisfecha vuelvo a relajar la mano y el hombre vuelve a su postura inicial, que es hacia el frente con los ojos entrecerrados, contemplando al otro hombre, al que yo también miro. Está nervioso. Nos echa un vistazo a los dos rápidamente, alternando con la puerta que mantiene encerrado al Dr. Montykow con quién sabe qué tipo de persona que logra entretenarlo tanto.

Yo procuro no entretenarlo, apenas entro y casi sin mirarme escribe la receta y le dice a Luis que se la dé a Betty para que le ponga el sello. La semana pasada no quise entrar porque me hacía muchas preguntas y lloré. Lloré inconsolablemente. Lloré lo imposible. Lloré tanto que ya no volvimos a hablar, le alcanza con mirarme.

En realidad primero entra Luis, se queda ahí bastante tiempo, y después me hacen entrar a mí como para cotejar si me ajusto a lo que estuvieron conversando.

8 de julio de 2020

Me traicionaron, sí. Eran las tres de la mañana y no podía dormir. Martes apenas empezado. Es un dato importante porque los martes tenemos la reunión virtual con mis amigas y se arma una competencia disimulada de platos dulces en la que siempre salgo muy bien parada con una torta que no tiene explicación.

Resulta que todo el lunes estuve ocupada en la génesis culinaria de semejante delicadeza, y no sé si por no poder dormir tuve que ir a ver la torta o si por saber que la torta estaba ahí es que no podía dormir, la cosa es que sin resolver la incógnita fui, miré y sí, ahí estaba, casi una deidad. Casi porque tenía un corte perfecto que dejaba ver sus soberbias entrañas jugosas, coloridas, exquisitas.

Y lo pensé mil veces antes de decidir bajar de mi cama, esforzarme por no hacer ruidos mientras me deslizaba por el living comedor hasta la cocina para llegar a la heladera.

Un corte inmejorable que solo Luis puede hacer. Mis ojos incrédulos pudieron ver la ausencia de dos sextos de tan increíble delicia. Dos sextos, regias porciones. Un sexto había quedado separado por ese mismo primer corte que la había atravesado de punta a punta, privándome del inaugural privilegio a mí, que desde la primera versión de esta maravilla me había sido reservado.

¿Habrían acompañado semejante tajada con un café? Lo único que me faltaba. Corré para averiguarlo y sí, la volturno todavía estaba tibia. ¿Cómo no me llamaron? ¡Cómo no me llamaron! ¿Cómo volver a mirarlos a los ojos después de esto? Estrenaron ese prodigo antes de tiempo. ¡La torta de los martes! La que siempre espera voluptuosa a que, ante la mirada expectante de mis ahora virtuales amigas, ejecute las incisiones marciales con las que solo yo la podía cortar. ¿Y ahora? ¿Cómo reparar semejante traición?

La reparamos con unos ricos panqueques con dulce de leche. Llovió a la mañana y, ya que nos levantamos al mediodía, almorzamos eso. Y para la tarde esta vez improvisé unos buñuelos que también dejaron a mis amigas contentas, no porque hayan superado a la torta, claro, más bien fue porque no competían con lo que ellas habían preparado.

El resto, los cuatro sextos, los repartimos entre Luis, los chicos y yo después de una cena eclipsada por semejante pastel.

15 de julio de 2020

Hoy viene Flor con el marido a instalar el filtro de la ducha que la otra vez no pudo porque el fragmento del caño que sale de la pared está unido a la regadera con brea, ¿a quién se le ocurre poner brea ahí? Por suerte esta chica es tan amorosa, toda sensible, divina. Solo hay que abrirles para que entren y para que salgan.

Hace tanto tiempo que no veo en carne y hueso a otras personas que no seamos nosotros mismos que me resulta una misión imposible. Para colmo Luis tiene que salir, y cuando se va la puerta suena como una cachetada.

Me angustio. Voy a tener que estar frente a frente con la misma mujer que insistía en mostrarnos un experimento con los filtros, donde el agua cambiaba de color, pegada a la pared de la cocina contraria al rincón donde nos amontonábamos entre las sillas amuradas a la mesa. Los chicos contentos, “¡Mirá mamá, mirá!” y Flor con cara de animadora levantando el vaso para que ellos pudieran ver desde la mesa de la cocina, y yo atrás de la bolsa de cereales que me defendía poco y nada. Desplegado todo tipo de amabilidades: “¡Qué hermosa casa! ¡Qué buen gusto! ¿Las carpetitas las hiciste vos? ¡Son hermosas! ¡Y tan bien combinadas!”, mientras iba agregando un filtro en la cocina, otro

en el lavatorio del baño grande y el intento de un tercero en la ducha. Lástima la brea.

Voy llevando uno por uno distintos platos, tapers y bous con sobrantes, dulces y salados, a la mesa donde decido esperar. 16 en punto suena el timbre y sufro. Abro usando el barbijo y la puerta como escudos y los veo aparecer. Ella mide un metro setenta más o menos noventa kilos, él unos dos metros arriba de los ciento cincuenta kilos. Enormes. Él hace un gesto de saludo, rápido y seco, y enfila para el baño intentando mantener la distancia. Esconde todo lo que puede la cabeza entre los hombros haciendo lo imposible por encoger el cuello. Ella lo sigue, pero con la mirada puesta en mí, que también los sigo, mientras me va pidiendo permiso y explicando que van a sacar la brea, que van a sacar la ducha y a poner esa otra que va haciendo emerger del bolso y que después, otro día, nos va a llamar para que le contemos qué tal nos fue. Él entra al baño y me sorprende que detrás suyo también entre ella. Dos mastodontes. Y lo más increíble es que logran cerrar la puerta.

Para no angustiarme por demás vuelvo a mi puesto de espera a terminar la porción de cheesecake y en medio de mis esfuerzos por distraerme con un libro de poemas la veo venir con esa actitud de estar como en casa y esa mirada de quererse matar. Se acoda entre los helechos en la barra que divide la cocina del living comedor, y va dando opiniones halagadoras de cualquier cosa, sabiendo que no le está funcionando. Se le nota en los ojos, que resaltan mucho gracias a la minúscula nariz que le quedó después de alguna operación hecha para otra cara, una que probablemente no contaba con tanto cachete, tanta papada. Aunque esto lo adivino atrás del barbijo tan plano. Habla. Intenta llenar todo con palabras. Como un muro aséptico que pueda separarnos, volvemos invisibles, inexistentes. Pero yo sé que ella sabe que yo sé, que me di cuenta, y mira la cuchara que mantengo a una altura razonable esperando poder retomar mis actividades hasta que finalmente se escucha un ruido que sale del baño,

como una campanada, y ella, caminando para atrás sin dejar de hablarme, vuelve a encerrarse con su marido. Respiro. Trago. Sufro la hora y media que tardan en salir, los chicos esperando en la terraza mi llamado.

Los espero estoicamente al lado de la puerta hasta que los veo venir del baño por el espejo del living, él intentando esconderse atrás de ella, que se prepara y pone todo el cuerpo para afrontar la situación. Él sale primero de la casa, dejando talentosamente siempre entre él y yo a Flor, que en ningún momento me da la espalda.

21 de julio de 2020

Lunes. Corro como loca con lo de la cena de hoy y la torta para mañana, que no me está saliendo bien porque tuve que empezar un poco tarde gracias a que nos tocó fumigar. Los chicos me miran desde el sillón por entre los helechos que hay arriba de la barra en el mismo estado de somnolencia que sostuvieron durante toda la mañana y parte de la tarde, mientras con Luis fuimos poniendo y sacando macetas, corriendo y levantando muebles.

—Chicos, a ver si me ayudan un poco...

De un salto abandonan su puesto del día y se acercan a la olla, que huelen mientras uno revuelve. Tengo toda la mesada ocupada con infinidad de cosas, resulta difícil distinguir cuáles son comestibles y cuáles no. Para colmo mañana a la mañana tengo turno en la óptica de la esquina, que me costó lo imposible conseguir, y no puedo posponerlo porque uno de los vidrios se me perdió y necesito reponerlo cuanto antes. Cuando me miro de frente al espejo el ojo sin lente se ve considerablemente más chico, me hace perder, según Luis, ese encanto tan especial que me da el aumento. Para mañana planeo usar unos viejos que me privan de los detalles pero me solucionan la asimetría.

Voy y vengo de la heladera a la mesada y los chicos en el medio, revolviendo. Un estorbo. Mejor mandarlos a estirar el mantel, colocar cada plato en su lugar, al lado los cubiertos, servilletas, vasos, bebidas, jarrón con flores, jarra con limonada y pan árabe cortado en tiras como para darle un toque especial. Tan lindo queda todo que, con una espátula en una mano y la manga de repostería en la otra, les digo que, por esta vez, solo por esta vez, los dejo preparar la mesa de los martes en el living. Porque no me privo de ese ritual, aunque la reunión ya no sea la misma.

—Por lo de los lentes. Les dije de conectarnos más bien sobre la hora y ni sé si llego. Así que mejor si está todo listo —comento mientras van saliendo de la cocina.

Están en el living comedor entusiasmados, parados justo al lado de la vitrina. Los miro por sobre los anteojos, por sobre los helechos. Sigo con las manos ocupadas.

—No van a romper nada, ¿no?

Dudan. Se miran entre ellos y después a mí, con convencimiento. Yo suspiro.

—Bueno, busquen las llaves en el bolso. Y niselesocurra romper algo.

Chochos corren hasta el perchero, sacan el manojo de llaves, buscan la más chica y abren las gloriosas puertas que los separan de mi bella vajilla y otros enseres. Y empiezan a repartir platos, tazas, azucareras, tenedores, cucharas, cuchillos, teteras, servilletas bordadas haciendo juego con el mantel. ¡El mantel! Miro por entre las hojas verdes y se apuran a decirme que no pasa nada.

Si se mira bien casi no se nota que no hace juego, que quedó el mantel con el que cubrimos la mesa por si al fumigar se nos escapaba un poco del producto y estropeaba el mueble. Pero hay una mancha espantosa que se deja ver por entre la vajilla. Eso me amarga, a ellos también, pero disimulo. Siento cómo miran para

la cocina mientras hago que sigo trajinando con dulces y salados. La mancha está casi en el centro. Casi. Una tragedia. Un centro de mesa no podría resolverlo, y el resto de las cosas a juzgar por la experiencia son móviles. Veo a los chicos agregar jarras de leche y algunos cuencos hasta que ya no queda espacio.

—¡A cenar! —grito desde algunos metros, como si hubiera veinte departamentos entre nosotros, para sacarlos del mal transe.

Preocupados los veo ir picando un poco de esto, otro poco de aquello. Luis y yo también, pero en mi caso es porque voy y vengo mientras como. Con la excusa de buscar un poco de agua uno de ellos se queda espiando la mesa del living y nota que la disposición no favorece al repertorio de reposterías al que le resultaría difícil hallar un lugar donde instalarse. Entonces de una corrida retira algunos cacharros y en su lugar reparte tres o cuatro carpetas a crochet. La más grande la destina a cubrir la mancha que condiciona el ornamento. Y vuelve a su silla, a seguir picando un poco de esto y de aquello, mientras me mira poner y sacar cosas de la heladera y del horno.

Cuando terminamos de cenar vamos juntos a evaluar la tarea. Superviso todo y no puedo evitar que se me tuerza la boca mirando las carpetas, especialmente la más grande. Me explican que son los lugares asignados para los mejores platos, y que en el más visible seguramente va a estar la inminente torta que vengo preparando hace algunas horas. Los miro de costado con el ojo chico y sonrío con el otro lado de la boca, dejándolos parados ahí, en frente de su trabajo, totalmente desamparados, para volver con el mantel que hace juego con las lindas servilletas que hay por todos lados.

De solo pensarlo se agotan, puedo escuchar sus suspiros. Distingo en esa actitud el peligro que corren mis reliquias y los eximo de semejante esfuerzo. Y en el tiempo que tardan en ponerse el pijama, cepillarse los dientes y darme un beso de buenas noches muevo los utensilios a la mesa grande del comedor, estiro el

inmaculado mantel sobre la amplia mesa ratona y vuelvo a colocar todo en el mismo orden que antes. Incluso las carpetas a croché.

28 de julio de 2020

—Má... dale, Tioscar dice que no va a pasar nada.

—Claro, porque después soy yo la que tiene que ir a buscarlos, ¿no?

—¡Ay dale!

No volvemos a hablar del tema hasta que suena el timbre.

—Qué-es-eso —les pregunto amenazante, y se miran entre ellos sin responder—. No me digan que le dijeron que sí.

—Es que...

Me levanto enfurecida y la silla donde estaba sentada cae haciendo mucho ruido, torciendo uno de los palos de agua que hay en el rincón. Los chicos esperan hundidos en el sillón exhibiendo una desmedida tristeza.

—¡Tioscar! ¡Viniste!

—Vamo que yastá todo listo —tiene una pajita en la boca—. Tomen—dice, mientras saca otras pajitas de uno de los dos mil bolsillos que tiene en las bermudas. Y se las ponen en la boca, se paran al lado igual que él y me miran con el mismo gesto.

—Bueno, está bien. Pero niselesocurra llamar llorando.

—No. ¿No que no vamos a llamar, Tioscar? ¿No que no?

—Mh mh —gesticula moviendo la cabeza de un lado para el otro.

Y así es como se van al campo de Tioscar, de excursión, gracias a algunos permisos que supo conseguir. No pude negarme después de verlos tanto tiempo encerrados.

A la vuelta me cuentan que llegaron a una puerta muy grande y muy pesada que separaba el camino que venían recorriendo del que iban a recorrer. Tioscar abrió la puerta y les dijo que pasen manejando el auto. Pero ellos no saben manejar. Él sabe que ellos no saben, pero igual les dijo que era fácil, que había que apretar el pedal de la derecha y listo, y que cuando quisieran dejar de avanzar apretaran el del medio. Entonces uno se sentó y apretó el pedal pero no pasó nada. Tioscar le dió unos empujones desde la puerta para que se corriera y subió en su lugar.

—Así pibe.

Arrancó, movió una palanca, apretó el pedal que les había dicho pero antes apretó otro que soltó rápido y pasaron. Después volvió a apretar los dos pedales que había a la izquierda del que hacía avanzar y listo, así de fácil, les dijo. Y se bajó para volver a cerrar la puerta grande.

Cuando terminaron los dos senderos por los que iban las ruedas del jeep siguieron caminando. Tioscar llevaba un rifle y los chicos la bolsa que les di para hacer un picnic.

Caminaron mucho. Mucho. Tioscar fue cambiando de pajita y los chicos no lograban descubrir si se las iba tragando o las tiraba. Y en un lugar donde solo había pasto rodeado de árboles por todos lados pusieron el mantel en el suelo, y se sentaron a comer y a mirar. Tioscar les dijo que se fijaran bien y apuntó. Se fijaron bien y vieron cómo un pájaro que venía volando horizontalmente de repente giró en ángulo recto hacia el piso.

—Así de fácil —les dijo y les dio el rifle, que no quisieron ni tocar.

Estaban impresionados, amargados. Entonces corrieron para donde les pareció que debía de haber caído el pájaro y Tioscar se quedó masticando su pajita. No lo encontraron. Corrieron. Corrieron tanto que se perdieron, pero no querían llorar, así que fueron hablando sobre cualquier cosa y sin querer llegaron al jeep

donde Tioscar había dejado el celular. Cuando oyeron mi voz se les caían las lágrimas.

—¿Ven? ¿Qué les dije? Ya salgo para allá.

1 de agosto de 2020

Desde mi cama miramos el noticiero de la noche. Estoy engripada y para no cuestionarnos demasiado la presencia de una fiebre dudosa me trajeron pasteles, renovaron el termo de té, apilaron revistas de croché, lápices, papele, libros, teléfono, canasta de hilos y agujas sobre la cajonera, y se acomodaron de costado con los codos hundidos en las almohadas y los cuerpos flotando sobre el edredón.

Estoy con la bandeja sobre las piernas colmada de merienda y ellos ahí, picando un poco y chusmeando la tele.

—Así que invasión de polillas, ¿eh? —dice Luis somnoliento, como para decir algo mientras pellizca un pedazo de pastel. Sonrió plácida y le doy un golpecito suave en el dorso de la mano, pero ese gesto tierno de resguardo hacia tan rica pastelería se convierte en un apretón sorpresivo, rígido. Puedo ver su espanto en cómo mira mis ojos agrandados por los lentes, también estoy horrorizada.

—¡El vestido! —grito y salto de la cama.

Oyen cómo se alejan mis alaridos en dirección al guardarropas, que queda entre la habitación de los chicos y la nuestra, justo en frente del baño, mientras sienten en las piernas la tibiaza creciente del té derramado. Un asco. Los pasteles flotando entre sábanas y mudas de ropa que fui dejando acumularse sobre la cama.

Cuando se asoman por la puerta entreabierta me ven tirada en el piso, abrazando, besando, acunando al vestido que al parecer sufrió un gran ataque.

—No será para tanto —me dice Luis.

—¿No? ¿Cómo que no? Meses esperando este momento, ¡una tragedia!

Inmediatamente levanto entre nosotros el transformado vestido. Presenta ahora una infinidad de agujeros a distintas distancias, de diferentes tamaños, tantos que parecen formar parte de una trama deliberada. Insisto y lo hago mover con pequeños temblores como para que puedan cerciorarse de la calamidad, entonces uno de los chicos mete el dedo en uno de los agujeros y para qué, a los gritos pelados salgo disparada hacia el espejo grande del living comedor con el vestido flameando sobre mi cabeza.

Me miran desde la puerta de sus habitaciones, listos para encerrarse si la cosa empeora. Lloro inconsolablemente. Me acerco una silla, sobre la que me parece que me voy a quedar mucho tiempo, para no cansarme de ver intercaladamente mi vestido y mi desgracia expresada con gestos de toda índole. Puedo sentir cómo cierran despacio y me dejan acá. Aprovecho la soledad para investigar por internet qué se puede hacer. En realidad no hay mucho que hacer, por no decir que no hay nada. Por más que mate a todas las polillas que invadieron el barrio el vestido ya se estropeó.

Escucho cómo abren una puerta para mirar cómo siguen las cosas y me encuentran en un estado de abstracción que roza la estupidez. Sigo desparramada en la silla con el vestido colgándose por las piernas, los ojos perdidos más allá de la dracaena fragrans. Tristísimo. Sin hacer ruido se deslizan hasta mi habitación y buscan en el desastre que quedó el teléfono para llamar desesperados a Tioscar, que como organizó el evento sabrá qué hacer. Horas después suena el timbre.

Mientras tanto estuvieron sentados en el borde seco de la cama grande comiéndose las uñas y las partes de los pasteles que no se

echaron a perder, mirando ese noticiero que nunca jamás miramos y que seguramente no vuelvan a ver. Es Tioscar.

Ahora Tioscar, Luis y los chicos están parados detrás mío, intentando dimensionar la tragedia. Cuando logro hacer foco en ellos me levanto como si nada hubiera pasado, les asigno un lugar a cada uno alrededor de la mesa de la cocina y despliego el vestido como si fuese un mantel. En silencio miran que salgo corriendo y escuchan cómo abro y cierro cajones y puertas. Intuyo que ninguno se atreve a hacer nada, a decir nada, ni la respiración se escucha. Hasta que vuelvo con un gran costurero y muchos frascos. Y así pasamos la noche cociendo mostacillas en cada agujero, una por una, bajo la promesa de un desayuno que crece en excentricidades a medida que va aclarando.

8 de agosto de 2020

Una diva. El vestido brillante por todos lados y el tocado con pluma. Cuando nos toca, arrastro a los chicos por el pasillo que da a la puerta por la que entramos a los festejos tan esperados. Estamos en el salón del pueblo de Tioscar, el salón del hotel, por donde pasan todos los eventos de la zona, intentando mantener una distancia razonable entre unos y otros.

Tioscar expresa su alegría dejando asomar por debajo del barbijo una papada rozagante de tanto sonreír y subir los hombros de emoción. Después del ágape vamos a ir directo a la heladería a cortar la cinta y darle con un champagne a un costado de la pared frontal. Una lástima, recién pintada, pero Luis dice que si no la cosa no va a andar bien. Así que ya reservamos una botella y elegimos la zona de la pared que pueda salir menos perjudicada.

Todo empieza con unos canapés, rústicos pero muy esmerados. Rodaja de chorizo con pompón de salsa de tres colores, mini brochette de panceta, papines, verduras y la misma salsa pero ahora en línea recta, tomates cherry atravesados con palillo y albahaca, rodaja de pan redondo con matambre casero y cereza abrillantada opcional, trozos de cordero, trozos de lechón, trozos de liebre, trozos de chivo, trozos de pavo listos para mojar en cualquiera de las tres salsas o en chimichurri, mini empanadas, bonetes con recado de morcillines y canastitas rellenas de ensalada rusa.

Más tarde nos sentamos alrededor de mesas redondas bien decoradas y, mientras miramos cómo desfilan las carnes asadas zigzagueando entre los invitados para no perder la distancia, nos vamos acercando las ensaladas del salad bar por turnos. No hace falta pararse para nada después, nos van mostrando detrás de una barra lo que tienen para ofrecer, cada tanto un corte nuevo.

Y así hasta la desesperación. Comiendo, tomando para bajar lo comido, comiendo para soportar lo bebido, un círculo vicioso que concluye con la explosión de la cascada de chocolate que corona una mesa de dulces imposible de afrontar.

Como podemos nos levantamos y no volvemos a las sillas hasta aprovisionarnos de todo lo que nos parece imprescindible. Una bestialidad. Por suerte soy previsora y el vestido brillante es elastizado, lo que no impide que algunas mostacillas se pierdan en el camino. Pero no se nota tanto, sobre todo teniendo en cuenta el estado en el que fuimos quedando todos.

En ese estado Tioscar da un discurso que antes había practicado con nosotros. El día de la costura lo recitó unas cuantas veces y lo repetimos incansablemente, así que se podía oír lo que decía con eco. El efecto quedó precioso, incluso sin haberlo planeado.

Pisándonos los talones y el chal de algunas señoritas fuimos acercándonos al local. Perfectamente iluminado por dentro y por fuera brillaba en la calle central. Frutilla a la crema y vainilla los colores de la pared frontal, justo a donde se dibujaba uno de los frutos Tioscar apuntó con la botella, pero antes de estrellarla esperó a que llegaran todos. Como se trataba del pueblo entero, que tampoco eran tantos, se demoró un poco el evento y así hubo un clima de suspense que generó un impacto más desbordante.

14 de agosto de 2020

Nos quedamos a reposar en la casa de Tioscar por unos días para recuperarnos del evento y de paso darle una mano. En realidad, yo no salgo de la casa más que para tirarle pochoclos a las gallinas, que cuando los pican los hacen volar, porque me divierte ver cómo el perro nuevo de los chicos salta para comérselos en el aire. El perro nuevo va a quedar en lo de Tioscar, y si alguien se lo lleva deja de ser de los chicos. Ni ellos ni yo nos preocupamos por eso porque personalmente no me gustan los perros, pero como

estoy practicando para hacerle un saco a crochet al caniche de una amiga por su cumpleaños, el cachorro me viene bárbaro.

En la casa no hay nadie porque están todos en la heladería del pueblo atendiendo a la gente que para tomarse un helado charla cuarenta minutos antes y cuarenta minutos después de saborearlo. Y como hay que cubrir esas necesidades para que prospere el negocio, sobre todo ahora que hay que hacer colas en las veredas sin poder descansar en las sillas del local, venimos alimentándonos prácticamente de las cremas y postres de la heladería hace unos días por el escaso tiempo libre que nos queda.

Un día de lluvia bastante fresco decidí darme una vuelta con la rodado 20, piloto amarillo y botas náuticas para ver si la zona está despejada y probar tomarme un helado ahí, en el lugar. Y como al parecer no hay nadie dentro y pido uno como cualquier cliente, pero sin charlar.

Tioscar me vende el helado como si nada. Está parado en la caja, acodado un poco en el mostrador, mirando el salón plácidamente. Luis y los chicos son los encargados de llenar potes y cucuruchos, pero ahora descansan apoyados en unas banquetas altas que hay atrás del mostrador. Se ceden un par de veces el honor de prepararme uno de súper sambayón y crema de pistachos hasta que Luis toma el mando y, esgrimiendo una espátula heladera, esculpe una maravilla que llevo en alto hasta uno de los sillones de cuerina verde agua que hay en un rincón al fondo.

Disfrutando del soberbio manjar veo entrar a un hombre grande, que va arrastrando las piernas como si fuesen dos enormes bolsas de papas. Primero sube el escalón con la pierna derecha, tomándose con las dos manos de los marcos de la puerta. De una de las manos le cuelga una bolsa de nylon blanca que se balancea un poco hasta que decide hacer entrar a la otra pierna a la

heladería. Y así va llegando hasta la caja, que queda a dos pasos de la puerta.

Tioscar, impresionado por ver al viejo aventurándose más allá de la entrada del local, le extiende el ticket. Después todo queda en suspenso un tiempo y podemos ver como si fuese en cámara lenta cómo se acerca hasta el mostrador enarbolando el trozo de papel, donde Luis y los chicos parecen estar haciendo un gran esfuerzo para que los alcance.

—Frutillas a la crema y cerezas a la crema con salsa de frutos rojos por favor pero que el de cereza quede abajo —dice de un solo soplo y queda exhausto. Luis lo invita a que vaya yendo a sentarse mientras le prepara el helado.

Los chicos ahora esperan con el helado listo a que el hombre llegue, y después siguen esperando a que se termine de sentar en una silla de caño con almohadillín verde agua. Cuando lo logra y viendo que no hay peligro de derrumbe, le alcanzan el cucuricho, el viejo se baja el barbijo y lo empieza a saborear.

Un silencio glaciar colma a la heladería. Desde el mostrador Luis y los chicos miran estupefactos al hombre que saca por entre los labios fruncidos su lengua delgada y la va hundiendo en diferentes zonas cremosas. Tioscar se come las uñas y se le inflaron las narinas. De a poco se le van adelantando y subiendo los hombros. El helado se vuelve eterno y caemos en un estado hipnótico.

El hombre tiene todo el cuerpo para adelante y el estiramiento del cuello se alarga hasta la punta de la lengua en una sola pieza inmóvil, lo que se mueve es el cucuricho, que va y viene con ritmo, rotando insensiblemente, sin pausa, como una máquina de rostizar. Acompaña el movimiento con unos gemidos cortos, resoplos que terminan en pitidos. Los ojos cerrados. Amenaza con caerse hacia delante y ninguno se atreve a acercarse para evitarlo, entonces con un movimiento abúlico su brazo izquierdo logra atravesar la pesada atmósfera hasta posarse suavemente

sobre el borde de la mesa, trabándose rígido para soportar el excedido cuerpo.

Cuando por fin termina de rumiar los últimos bocados del cucuricho se oye un suspiro largo y generalizado. Hace rato que quiero irme, pero no me animo a levantarme, a pasar cerca, a respirar. Luis se apura a ayudarlo a salir de la silla empujándolo por la espalda hasta que logra quedar de pie. El hombre comienza su travesía hacia la puerta. Queda atravesado por la línea recta que se dibuja imaginariamente entre Tioscar y yo, por lo que sin querer veo que se encogió, espantado, paralizado. Está a punto de llorar, empequeñecido y asomando por sobre la caja registradora vintage. Y para cuando el hombre pasa por ahí a Tioscar ya no se lo ve por ningún lado. Así que apenas el viejo pone el último pie sobre la vereda cerramos la puerta, bajamos la persiana, apagamos las luces y encaramos furtivamente el pasillo del fondo, el de los proveedores.

Con el jeep no logramos alcanzar a Tioscar que vuela montado sobre la rodado 20.

18 de agosto de 2020

Seguimos en el pueblo. Nos quedamos prolongando los festejos y recién hoy pude despegarme de la situación familiar donde estuvimos empastados a propósito del cumpleaños de Tioscar.

Ahora escribo en un bar. Hay un hombre grande, de edad dudosa, que pregunta desde lejos si tené waifai acá vo. Tiene boina y charla con otros tres. Todos un café y una soda. Hablan de que tendría que tener sección fumadores, sección no fumadores, agapey. No sé bien qué es agapey pero ahora dicen Altos de Agapey.

Ayer festejamos todo el día. Hubo merienda con transiciones hacia una cena bastante fornida. Tomamos mucho y pude sentir

esa alegría torpe que celebramos en cada festejo. Duró sábado y domingo, y después a dormir incansablemente.

Pude hacerme un rato para salir con el brazo en alto blandiendo el teléfono a la espera de una señal. Y fue así como ayer, martes, establecí contacto con mis amigas, colgada del wifi de un vecino que me quedó a una distancia considerable. Los festejos en familia no contemplan estos detalles. Ni otros, como el de no dejar señalizada la entrada de la casona de Tioscar y tener que salir a buscarme, separándose algunos a la izquierda otros a la derecha, caminar entre árboles, arbustos y pastizales, entre llamados y risas. Los escuché, pero no supe de dónde venían, estaba apabullada, escondida entre unas ramas en forma de cueva que resultaron muy amigables.

Los hombres hablan y por momentos tapan el sonido de un televisor que pasa fragmentos de las últimas noticias sobre la pandemia. Ya no sabemos distinguir si en el pueblo continúa la cuarentena o no, pero el interés por el tema sigue intacto. Uno saca una mano del bolsillo y se baja el barbijo para tomar un sorbo de café, después vuelve a taparse media cara y a enfundarse en el abrigo. Con un movimiento me hace pensar en las gallinas de Tioscar cuando se ponen a descansar, como si se acomodaran en un estiramiento y recogimiento nervioso que sacude cada pluma hasta dejarla desplegada prolíjamente entre las otras que sufren el mismo tratamiento. Algo así como un escalofrío dirigido, organizado.

Y los escuchaba desde lo que me pareció una cueva hecha de ramas, que para llegar a ser cueva le faltaba bastante dedicación. Entonces, mientras oía cómo llegaban silbidos, fragmentos de conversaciones que se perdían con el viento y a veces mi nombre, resolví emprolijar el lugar a donde iba a tener que esperar a ser encontrada. Porque no iba a salir corriendo para donde me parecía que venían las voces, la dirección cambia con el viento y acá el viento es muy caprichoso. Luis me comentó que hay unas

sierras y unos cañadones que van atajando la ventada y haciéndola rebotar para todos lados. Tioscar en cambio me dijo nena cuidate, es un bosque encantado. Y ahí estuve, agregando ramas a mi nido por si no llegaban antes del anochecer.

No es tan fácil hablar de esto, primero porque me pone nerviosa, pero no son esos nervios previos a la entrega de una nota o los resultados de un análisis, son más radicales. Segundo, porque en el televisor hablan de que “vamos a necesitar barbijos”; “no dije que no tengamos, dije que vamos a necesitar”; “tal vez no escuchaste la entrevista que escuché yo, Gerardo, pero dicen que no van a tener barbijos”; “no Martín, dicen que van a tener barbijos a préstamo, no que no van a tener”. Y ahí discutiendo el asunto de los barbijos y de las capacidades de negociación. Todo esto compitiendo con otro negocio que parece estarse dando en la mesa de los Altos de Agapey.

Finalmente pude armar el reducto de manera que fuera si no más cómodo al menos más agradable. Fui elaborando una especie de camuflaje con ramas con y sin hojas dejando algunos orificios a la altura de mis ojos. Para esto fui sentándome en el centro de la cueva cada vez, chequeando si desde ahí me servían para tener una vista panorámica. En total fueron siete orificios a alturas diferentes según las inclinaciones del terreno circundante y mis intenciones de vigilancia. Después me dediqué al interior. Empapelé todo con hojas de diferentes verdores y armé un suelo acolchado con ramas blandas, las que cubrí finalmente con unas hojas grandes que provienen de una especie de yuyo desproporcionado. Y al final improvisé una especie de puerta que para abrir y cerrar resultó ser bastante inútil. Decoré el conjunto, interior y exterior, con margaritas de las que crecen por todos lados.

Contenta con los resultados me dispuse a esperar cómodamente entre cantos de pájaros y silbidos, llamados y risas familiares. Pero en simultáneo a la sensación de haber concluido un buen trabajo

empecé a percibir algo desagradable, entre hambre y miedo. ¿Qué pasaría si no me encontraban antes de la cena? ¿Seguirían buscando o se tomarían un descanso para reponer energías? ¿Y si, para acompañar algún tentempié, tomaban cervezas, vinos, tragos y espumantes como venían haciendo hasta ahora? ¿Y si ya habían estado tomando y no me encontraban justamente porque no lograban orientarse? ¿Podrían distinguir en ese estado esta preciosa cueva tan bien camuflada ahora que oscurecía? ¿Y si lo dejaban para el otro día, cuando saliera el sol? ¿Qué diría el pronóstico, habría sol? ¿Porqué el teléfono no recibía ningún tipo de señal en este rincón del bosque para chequearlo? ¿Qué iba a comer en ese momento, o más tarde, o durante la noche, o incluso por la mañana? ¿Cómo iba a soportar el frío que crecía horrible, constantemente? ¿Y si se olvidaban de mí? ¿O pasaba algo peor? ¿Hay algo peor?

Con lágrimas en los ojos veo que dos de los hombres se levantan y saludan a los otros dos casi a los gritos, dándose unas palmadas sonoras en la espalda. Los que quedan están sentados en frente del televisor. Sin convenirlo se cruzan de brazos y extienden las piernas, mirando y escuchando a los comentaristas que dan vueltas sobre el asunto de los barbijos y otros temas menores.

Tuve miedo de morir. Y llamé, y grité. Todo esto sin salir del pequeño aposento porque ya estaba oscureciendo y era justo la hora de los duendes. Cuando era chica Tioscar me había contado que a esa hora el sol atraviesa las ramas de los árboles de una manera muy particular, mágica dijo, que hace que las cosas que habitualmente nos son vedadas aparezcan ante nuestros ojos así no más, sin previo aviso, como si nada. Por las dudas llamé desde adentro, y no muy fuerte por si había algún animal dando vueltas que pudiera oírme y me complicara las cosas. Después me concentré en escuchar y nada, ya no se oían los llamados que habían empezado a espaciarse, ni las risas, ni siquiera los pájaros. Nada. Y no sé si me dormí o quedé en estado de shock, pero de repente apareció una luz por una de las siete ventanas y la voz de

Luis diciéndome que no era un buen chiste, que por culpa mía se había arruinado una cena tan especial. Y es cierto, la parte de abajo quedó un poco crocante, marrón, casi negra diría. Una lástima. Pero se dejó comer. Y yo terminé otra vez engripada, con fiebre, temiendo lo peor y encerrada en una habitación de las que no tienen ventanas, pero son más templadas. Con la computadora, eso sí, pero sin internet.

21 de agosto de 2020

En cuanto pude, y para restarle importancia a la fiebre y la duda, me vine corriendo al bar para ver si estaban los de Altos de Agapey. Me pareció que se trataba de algo turbio. Reflexioné mucho las últimas noches y sí, es raro que suceda tan abiertamente en un bar de pueblo. En El Bar en este caso, porque no hay otro, por acá van desfilando los lugareños, al parecer es el centro de operaciones de todo. Ahora, por ejemplo, hay una señora cerrando unos negocios de tapers con la de la barra, que saca cuentas y billetes de una caja, o el proveedor que pregunta asomado desde la puerta si alguien necesita algo, así, en general, no solo a la de la barra.

Vine, y los de Agapey no están, y no puedo averiguar de qué va la cosa. No sé si todavía no llegaron o si ya terminaron de armar el asunto y quedé afuera. Por lo que vi el otro día, charlaban de algo sobre unos sectores. Eso no parece muy dudoso, lo que me hace sospechar es más bien cómo hablan. Aunque tampoco es eso. Será que todos andan con tapabocas, boinas, camperas cerradas hasta las orejas y solo al que le toca decir algo se asoma, pero enseguida vuelve a taparse. Encapuchados. Ocultos.

Yo también estoy bastante tapada, pero tengo mis razones, todavía no se me va la fiebre y por momentos los huesos me tiemblan, es como una cosquilla por dentro, una sensación que no se puede rascar y tampoco causa risa, más bien molesta. En otro contexto, cuando me pasaba algo así en casa me gustaba, y

me llevaba a la cama un montón de cosas para disfrutar del estado haciendo varias actividades a la vez: crochet, dibujo, lecturas, series, teléfono, todo acompañado con masas y un té en termo que voy administrando y tomando en pequeñas dosis de mi pocillo celeste claro o verde agua que cuido tanto para que no se rompa. Era un juego de seis pocillos con platos y azucarera que fue extinguiéndose y del que solo queda ese ejemplar. Para mí es verde agua, a Luis le parece más bien celeste claro. Me dice que si al menos le dejara sacarle una foto con la opinión de un tercero podríamos desempatar, pero no, lo guardo bajo llave junto a otros objetos preciados, como la resurrección del jarrón chino, en una repisa con puerta de vidrio, y queda ahí medio en penumbras. Por eso, si le sacara una foto, podría ser que el resultado diera un tercer color, lo que no sería muy útil para resolver el problema. Y no me importa.

Sin darme cuenta se instaló el hombre grande de boina en la mesa en la que debatían el otro día los de Altos de Agapey. Mientras se inclina cada tanto a tomar un sorbo de café bajándose el barbijo por un instante espía de reojo para todos lados, así, jorobado ante la mesa, y después vuelve a recostarse en el respaldo como si nada pasara. Cada inclinación me despierta la mayor desconfianza, parece estar tramando algo oscuro, una traición diría, que resuelve irguiéndose dignamente, resaltando el gesto con un estiramiento de campera que se infringe desde los bordes inferiores mediante pequeños tirones, casi un tick nervioso.

Por la ventana veo asomarse a otro, que al ver al grandote decide entrar. Mientras se acomoda y pide un café el grandote despliega un papel, que traía muy doblado, sobre la mesa. Los dos miran, señalan, marcan, pero no hablan. Eso seguramente se debe a que no quieren que los escuchen. Uno escribe algo rápido en una parte no muy central del papel y el otro asiente. Cuando llega el café, el más grande dobla rápido el que me imagino que es un plano, disculpándose por haber cubierto toda la mesa a la vez que pide otro café. Sospechoso. ¿Por qué tendrían que sacar a las

corridas el papel si no fuera porque no quieren que la señora que trae el café llegue a ver algo? ¿Acaso pensarán que cualquiera que llegara a verlos no se daría cuenta de que no se trata de un acto de cortesía hacia la que sostiene el pocillo, haciendo equilibrio sobre un plato junto a la cuchara con una mano mientras que con la otra ahorca una botella de gaseosa entre dos dedos y un vaso largo entre otros dos, servicio correspondiente a otra mesa, en un acto inteligente de ahorro de tiempo y energías? ¿Querrán disimular con este despliegue de bondades una traición hacia los otros dos integrantes del negocio que saludan con palmadas a los que ya estaban, mientras el grandote mete en uno de los bolsillos de su estirada campera el papel, como si no hubiera pasado nada, sacando temas de conversación absurdos, para desorientar? ¿Es necesario preguntar cómo fue la yerra en un momento así, permitiendo un despliegue de comentarios al respecto tal que hiciera imposible volver sobre el asunto de los Altos de Agapey al menos por un buen rato, justo ahora que habría que ir disponiéndose para el almuerzo? ¿O tal vez es una estrategia para dispersar a los posibles espías y poder tratar sus oscuros propósitos a solas, mientras los demás se ocupan de menesteres tan indispensables para mantenerse en pie? ¿Tendré que resignar la parrillada que Tióscar, con tanto esmero, viene componiendo desde temprano y consumir alguna penosa minuta de las que se ofrecen en el bar para cerciorarme de que efectivamente se trata de un gran negociado, del que el grandote quiere sacar una tajada por medio de traiciones insospechadas por los otro dos, los que toman el lugar que los enfrenta al televisor, que para colmo no deja de trasmitir asuntos que giran en torno al virus?

Tironeando de una milanesa emparedada en un bollo bastante generoso de pan de campo intento distinguir, entre las noticias sobre los impactos en el interior, los comentarios de la mesa de al lado. Sabiéndome abocada a una imposible empresa no puedo dejar de sufrir por mi desdicha.

22 de agosto de 2020

El esfuerzo por entender sumado al desconsiderado sanguiche y mi gran tristeza por volver a la casa de Tioscar y ver con mis propios ojos que había resignado un gran banquete por poca cosa terminaron por dejarme nuevamente en cama. La mesa de madera rústica, un trozo de árbol cortado al medio y puesto de manera horizontal sobre dos cruces hechas de ramas anchas, unidas en el centro por un tornillo enorme, repleta de restos de lo que seguramente fue uno de los más ricos asados que Tióscar jamás haya cocinado, resultaron ser devastadores.

Resultó ser que pasé un día y una noche horribles, la fiebre me creció junto a la furia y me dejó tirada en la cama sin poder hacer otra cosa que sufrir, preocuparme y tomar té con algún agregado para mejorar las cosas. Las cosas no mejoraron. Lloré.

Tioscar, entristecido por verme convalecer y persuadido por los detalles que le fui narrando sobre el negociado que se estaría dando en el bar durante mi noche febril, salió volando en su jeep a tomarse un café. Angustiada por la terrible espera fui presa de un sinfín de incertidumbres que no pude confesar pese a la insistencia de Luis, que no entendía cómo era posible que Tioscar no estuviera justo este día lluvioso en el que compartiríamos nuestros tan esperados panqueques con dulce de leche.

Y sucedió que Tioscar volvió. Empapado y furioso lo vimos entrar por la puerta de la cocina para no arruinar el parquet. En frente del fuego hogareño que habíamos prendido para disfrutar de la merienda aguardamos sentados la inminente entrada al living de Tioscar que, evidentemente, traía montada a su ira una noticia irrefutable.

—Alto ágape están preparando nena, iá-ga-pe!

23 de agosto de 2020

Estoy mejor, pero por casa de Tioscar la situación es tensa, así que sacamos a los chicos a dar unas vueltas alrededor de la laguna que queda no muy lejos de ahí. Los subimos al jeep junto a unos cuantos bocaditos, torta y termo, y partimos hacia la aventura.

Llegamos rápido, el viaje fue corto, y acampamos en la orilla que tiene una playa angosta de arena, porque el resto es piedra y juncos. Frío. Llovizna. El cielo gris, el agua gris, el suelo gris. Es que no se trata de arena exactamente, es una especie de lo mismo que la parte de las piedras, pero en miniatura, como si alguien se hubiese tomado el trabajo de triturarlas para que un sector sea más accesible a los paseantes, que en este caso somos solo nosotros. Y pese a que armamos un picnic pintoresco no la pasamos bien.

Extrañé mi caloventor. No el nuevo, el viejo, porque el que me compré después de que se me derritió el anterior me da miedo. ¿Es posible que no tenga interrupciones? No se apaga cada tanto como sucedía con el anterior, sino que éste sigue de corrido, todo el tiempo. Lo uso en un lugar chico (el cuartito de la terraza, mi estudio) y así y todo no para nunca. En un momento me pregunté si sería perjudicial esto para el aparato y decidí apagarlo unos minutos y volverlo a prender cada tanto, lo que resultó ser una malísima idea porque no puedo estar atenta a si se apaga o no se apaga, si lo prendo o no lo prendo, siempre tengo mucho que hacer en los escasos minutos diarios de soledad. Muerta de frío con el caloventor nuevo apagado al lado mío. Igual, aunque no pueda usarlo me parece lindo, un tono rosa viejo y una perilla negra arriba, como un muffin entrado en volumen según los chicos. Tan bien se veía en la foto que me lo compré, aunque fuera más caro que los otros, incluso que el de la versión nueva del que estaba por reemplazar.

Así que, como la cosa no dio para más, nos volvimos terminando el almuerzo arriba del jeep.

24 de agosto de 2020

Hoy tampoco fui al bar. Se me acabó el entusiasmo después de que Tioscar deshizo el hechizo, y hace falta mucho para convencer a los chicos de que se queden y después tener que pedalear en la rodado 20 hasta ahí. Y como a la madrugada nos volvemos a casa los ánimos están peores que ayer.

En el fondo estamos contentos porque el festejo se estiró mucho. Pero no estoy de buen humor, y los voy mandando a traer y llevar cosas de acá para allá. Luis desaparece, Tioscar va y viene cantando con muchos falsetes sus conocidos fragmentos de ópera, volviendo los muebles que corrimos a su lugar, y los chicos se van escondiendo para no ayudar. Y así es como ando con la computadora a cuestas, tratando de escribir mientras preparo los bolsos.

Todavía no salió el sol y espero que ya ni se le ocurra aparecer, sería espantoso tener que participar del ping pong de quejas de los chicos encerrados en el auto, un día lluvioso es más afín con las imprescindibles siestas largas en un viaje como este.

III

2 de septiembre de 2020

Esta vez me siento en la silla de al lado del baño. La sala está vacía pero no sé por cuánto tiempo. Desde ahí puedo ver a Luis haciendo trabajar a Betty a mi derecha, a mi izquierda un programa de TV hecho como de a fragmentos de distintos deportes, donde se ve volar a uno, esquiar a otro, bucear, escalar, correr, bicicleta, patín, todo. Y justo en frente mío la puerta del consultorio del Dr. Montykow.

En el mismo momento en que entiendo que esta ubicación podría no ser muy conveniente suena el timbre, Luis se sienta en el sillón, Betty abre la puerta. Entran dos mujeres iguales, la que queda atrás viene mordiéndose el labio inferior. Una se sienta y la otra se para adelante del mostrador. Es más rápida que Luis. En dos segundos, antes de que termine de pensar en la conveniencia de mi silla, ya está sentada al lado de su hermana. No sé si estoy más impresionada con mi acto temerario de ubicarme enfrente de la puerta del Dr. Montykow o con el espectáculo tan inesperado. Son iguales. Luis está admirado también y les hace comentarios sobre lo parecidas que las ve, pero en realidad son iguales. Hablan igual, gesticulan igual, le responden a Luis completándose las oraciones una a la otra.

Las miro, pero no quiero distraerme mucho, la aparición del doctor de improviso podría ser fatal.

Una tiene todo el pelo recogido en una colita sin mucha gracia, la otra tiene el mismo peinado, pero se ató el pelo un poco más arriba y tiene flequillo. A parte tiene las facciones menos redondeadas que la otra, parece más despierta pero no sé bien porque forman un todo casi perfecto. Para ver si la balanza se inclina más para un lado o para otro contabilizo las veces que se completan los comentarios. Hipnotizada con el subibaja me

descuido y pasa lo que tenía que pasar: el Dr. Montykow ocupando toda la puerta, duro como un prócer, recorre la sala con la mirada y termina en Betty, que me nombra. Luis ya está parado saludando a las chicas y al doctor. Veo desde mi silla cómo me mira con su carota de piedra, sin ninguna expresión reconocible. Y yo ahí paralizada desde el momento en que salió hasta que escucho el sonido que hace el picaporte del consultorio cuando termina de cerrarse. Entonces largo todo el aire y me abalanzo sobre el expendedor de agua. Litros tomo. Las gemelas me miran y hablan entre ellas, gesticulan mucho, hacen mímicas, me intimidan. Pero la puerta amenaza con abrirse de nuevo en cualquier momento y me mantiene en calma.

Pienso que lo mejor sería sentarme, aunque no en esa silla. El sillón tampoco me convence, Betty y las chicas miran el televisor y sería muy llamativo. Las otras dos sillas están ocupadas por las gemelas que en realidad deben ser mellizas muy parecidas porque ahora las veo más distintas que antes. ¿Será la luz de la tele que les pega diferente? Una tiene el perfil muy redondeado, parecido al del amigo de Snoopy, aunque a las dos les sobresalen por igual las paletas por entre los labios finos. No sé qué pensar. Betty me mira, pero no mucho. Entonces me doy cuenta de que me quedé parada entre la puerta del baño y el mostrador, al lado de un florero largo de mimbre con algunos palos en forma de bucle. Por las dudas me mantengo firme, viendo en la tele cómo se tiran en paracaídas mientras espero a Luis.

7 de septiembre de 2020

Luis y el Dr. Montykow convinieron en que me vendría bien un poco de aire así que acá estoy, respirando nuevamente en la casa de Tioscar. Una especie de retiro.

Ni bien llegamos lo acompañé al bar para distenderme un poco, antes pasamos por la heladería y ya empecé a extrañar a Luis y a los chicos.

Es la hora de la siesta y la costumbre es, después de comer y antes de dormir, tomar algo y jugar a las cartas en el bar. Cosa de hombres, me dice Tioscar guiñándome un ojo. Mesa cuadrada presidida por cuatro jugadores y en cada esquina una mesa más chica con alguno que mira las cartas de los contrincantes, que le quedan a derecha e izquierda. Los Miranda, según Tioscar que está de jugador. Yo prefiero sentarme en otra mesa intentando pasar desapercibida.

En una de las mesas chicas de los vértices hay un hombre entrado en años, con la pera apoyada en un puño, que mira atento todo. La otra mano la tiene clavada en la pierna, los nudillos sobre el pantalón y el codo desplegado como un ala. No dice nada, no gesticula. Se mueve en bloque con el otro codo pegado a la mesa y la cabeza penduleando sobre el puño de acá para allá. Tomó un café y ahora la taza está llena de moscas.

En otra mesa individual, la que queda a su izquierda, solo hay una botella de plástico a medio tomar, un vaso con un poco de gaseosa y otro pocillo vacío, extrañamente sin moscas. Y en la mesa que queda a su derecha hay un hombre que se levanta todo el tiempo. Cuando terminan de jugar y reparten los porotos él se para, acerca mucho la cara a la mesa central, bajándose el tapaboca y sosteniendo los anteojos a la altura de las cejas, y afirma con convicción. Debe tratarse del árbitro.

El jugador que está a su derecha, entre la mesa con gaseosa y la otra, tiene orejas muy grandes, parecen puestas ahí solamente para sostener una boina gris claro con detalles laterales en blanco, que le hacen juego con las canas que asoman prolíjamente cortadas por detrás. Es delgado y tiene ojos muy celestes, dos botones coronando una larga y fina nariz, que estira el barbijo formando un pico. La piel se le despegó de los huesos con los años, pero a él parece no preocuparle, sobre todo cuando se ríe y le flamea una papada vertical que asoma entre el barbijo y el cuello de la camisa, también gris, muy prolíja.

En cambio, el jugador que está a su izquierda, Tioscar, tiene la piel estirada por la gordura que cultiva con tanta dedicación. En su mesa hay un vermut al que cada vez que toma un sorbo le agrega un chorro de soda. Yo tomo café, que me trajeron con tres medialunas.

El del puño en el mentón se queda dormido y nadie dice nada. No sé si no se dan cuenta o si no les importa, o si se dan cuenta y les da igual, o si son cosas que vienen con el juego. Tomo de a sorbos mi café para que dure, porque cuando terminé las medialunas me pareció que había quedado al descubierto, como si de repente me faltara un escudo o estuviera sin ropa, confinada en ese estado a la mesa del rincón.

Los otros dos jugadores son muy parecidos. Están peinados con ralla al costado izquierdo, llevan anteojos rectangulares, horizontales, colgando de la nariz cubierta con tela, camisa a cuadros. Uno es gordo, el otro no tanto. Toman cada uno de un vaso largo algo oscuro con hielo. Son los mismos que pasaron a buscar a Tioscar por la heladería minutos después de que terminara de comer su generoso sánduche de milanesa completa que le acercaron desde el local de enfrente, algo así como un kiosco, almacén, roticería. Sin que suene el teléfono, sin que envíe un mensaje. ¿En este pueblo se practicará la telepatía? Porque también, cuando minutos después nos sentamos cada uno en su mesa del bar, se acercó la chica de la barra con el vermut y los dos vasos de contenido oscuro a la mesa de los jugadores sin que nadie le pidiera nada.

—¿Café doble y medialunas? —me preguntó Tioscar desde ahí, como si hubiera leído mis pensamientos, mientras la chica saludaba al viejo que recién llegaba, el de los ojos celestes. Y cuando volvió con mi café y medialunas trajo también, sin que nadie se lo pidiera, la botella de gaseosa y el vaso con limón para el viejo.

De fondo música de radio. Al costado una pantalla con videoclips que no se escuchan. Y en otra mesa otro grupo desde donde llegan las partes más conocidas de algunos tangos silbados. Tioscar, cuando el que silba hace silencio, canta sus fragmentos de ópera. Y no pasa nada, como con el que se quedó dormido, que se despierta y cambia de posición: la mano que sostenía la cabeza ahora cuelga del borde de la mesa y el codo queda en el mismo lugar. Y el otro brazo, el que parecía un ala, también.

El café se me termina y voy por la mitad del vaso de soda pensando en qué voy a hacer cuando se acabe.

Desde la mesa de enfrente se escuchan reclamos de vez en cuando, pero se ríen mucho como para estar enojados. No completan las frases y ya se ríen, como en la mesa de Tioscar. Y yo no termino de entender la gracia.

—¿Y cómo anda la mesa? —pregunta uno de los de enfrente, que ahora hablan mucho y hacen ruido con las sillas al levantarse. Los de la mesa de Tioscar no responden.

Uno de los dos hombres parecidos, el más gordo y menos alineado, el que juega con Tioscar, apoya las cartas sobre el paño verde sostenido por los extremos con elásticos cosidos convenientemente y recita algo que no tiene nada que ver con lo que están jugando pero que hace que los demás también bajen las cartas. Le prestan mucha atención, unos se cruzan de brazos, otros toman algún trago y cuando termina, el jugador que tiene enfrente, que es Tioscar, aplaude y ríe con ganas, mirando para donde estoy como esperando que haga lo mismo. Los otros dos, el menos gordo y el viejo, se quejan, hablan fuerte, reclaman entre risas. Y el que dormía mira todo con el mismo gesto que antes, ahora tiene los brazos cruzados.

Mientras volvemos en el jeep Tioscar me palmea el omóplato con ganas.

—¡Bien nena, bien! Hay que ganarle al viejo, ¿eh? Un espectáculo.

7 de septiembre a la noche

Después de la siesta nos subimos al jeep. El viejo de los ojos de botón preparó asado, nosotros llevamos helado. Pero la verdad es que la siesta no llegó a aplacarme los nervios que me hice en la sobremesa del bar y Tioscar tuvo que traerme de nuevo a su casa. Me dejó sentada a la mesa de la cocina palmeándome antes la espalda con golpes cariñosos, lejos de Luis, de los chicos, lejos de todo.

11 de septiembre de 2020

En estos días estuvimos muy ocupados, Tioscar con la heladería y yo con el asunto de tomar aire. Nos fue muy mal a los dos así que, antes de volver a casa, lo vine a acompañar a conocer a una amiga que conoció en un chat, que hace mediciones en el Riachuelo. Un paseo en lancha, dijo. Y nos embarcamos.

Salimos vestidos de naranja con chaqueta inflable y algunos salvavidas colgados del techo. A parte de nosotros, dos hombres y esta mujer: el que maneja y los que levantan botellas: mientras una levanta el otro sostiene una bolsa verde transparente hasta que se llena, después cambian de puesto y así hasta terminar con el sector. Tioscar con el cuaderno espiralado que ella le dio, escribiendo lo que le parece y observando con obsecuencia el paisaje que también miro. Ni una palabra.

Hay algo raro, algo solemne, casi mortuorio. Parecemos de luto, o velando a alguien o algo. No hablamos, no sé por qué. Tampoco nos movemos de donde nos sentaron para no malograr el equilibrio.

Mientras avanzamos aparecen por momentos fábricas de antes, funcionando o abandonadas, plantas, árboles, pequeñas playas, pantalla gigante al lado de una autopista que pasa por arriba nuestro mostrándonos que hay una ciudad llena de movimiento a cada lado, como un paréntesis. Pero la verdad es que desde la lancha no se nota que estamos en la ciudad, parece otra cosa. No sé bien qué.

Vamos parando cada tanto al lado de islotes de plástico para juntar las botellas y terminamos apretados al lado del capitán, dejándole espacio a la cantidad de bolsas. Tioscar, protegiendo con una mano el cuaderno que sobresale de uno de los bolsillos de sus bermudas y con la otra el bolso con sorpresas para los chicos, se mantiene en el mismo lugar que antes, ahora entre los bultos. Yo pensando en la casa del Tigre, la de los mil perros y mi zapato de goma.

Cuando termina la excursión saludamos en silencio a los otros tripulantes como en un velorio. Sin comentarios subimos al jeep que nos lleva directo a casa, donde Luis nos recibe espantado entre helechos. ¿Será por el aspecto que tenemos? ¿El olor? ¿O porque nos esperaba dentro de mucho tiempo? ¿Será que trajimos con nosotros en un bolso al perro que por una decisión unánime habíamos dejado en casa de Tioscar?

Paso la noche en la bañera, remojando la melancolía que me creció en ese río, que desde adentro sigue siendo hermoso como me imagino que habrá sido siempre, y yo ni enterada.

13 de septiembre de 2020

Ya no le encuentro sentido, pero escribo igual. La verdad es que no se me pasa esa cosa que se me instaló el otro día como una peste. Por las dudas sigo en la bañera, esperando las indicaciones del Dr. Montykow.

III

17 de septiembre de 2020

Viendo que vamos a tener que seguir aislados, y teniendo en cuenta las indicaciones del Dr. Montykow en relación al cambio de aire, decidimos mudarnos al Tigre por un tiempo. Luis, los chicos y yo. Esta vez la casa es increíble, desde el ventanal se ve un río, desde otra ventana grande se ve otro río, y desde la ventana del medio se ve otro más. Estamos en algo así como una esquina entre tres ríos. O un río que se divide en dos. ¿O dos ríos que terminan siendo uno? No sé bien porque, dependiendo de la hora, el agua va para un lado o para el otro.

Llegamos ayer a la noche con un calor bárbaro, acarreando bártulos desde el muelle hasta la galería, una especie de balcón enorme. Medio corriendo para no mojarnos con la inminente tormenta y que no se estropeen las cosas. Una escalera para subir al muelle, otra escalera para salir de ahí y una escalera más para subir a la casa. Quedamos exhaustos.

Después de llover refresca, pero no nos damos cuenta hasta la mañana, cuando Luis sale a mirar un poco desde el muelle. Los brazos como manijas de taza, la cabeza girando para un lado y para el otro. Yo mirando por el ventanal cómo el viento le abulta la remera me imagino el frío que debe hacer y pregunto, mientras busco el número de la lancha almacén en los carteles pegados a la heladera.

—¿Qué tal si comemos guiso de lentejas?

—Hace calor ma.

Hay un papel donde dice que le mandemos un mensaje a Aníbal preguntando a qué hora pasaría, así que mando un mensaje y me pregunto si no será el mismo que la otra vez, del que no sabíamos el nombre. Uno que siempre contesta “sí, paso, yo te aviso cuando

esté llegando”, pero pregúntes a la hora que pregúntes te dice lo mismo, así que nunca sabés si va a pasar a la mañana a la tarde a la noche o cuándo porque para colmo nunca pasa a la misma hora.

La vez anterior, cuando le hicimos el comentario, el tipo con cara de alfajor ni sí ni no ni nada. A parte tiene en exhibición una cosa, se la pedís, y cuando abrís la bolsa donde va metiendo todo, te encontrás con otra. Y cuando le reclamás algo el tipo espera a que termines de hablar y sin dejar de mirarte te da la cuenta, y sigue todo normal, como si nada.

Esta vez agendo el número en el teléfono y pienso que es un insolente. Después me corrijo y pienso que es un cínico. O no, ni siquiera eso, es una especie de insensible, un idiota.

Al rato llega un mensaje que dice que vayamos yendo al muelle. Me cuelgo la bolsa en el hombro, en una mano la billetera y en la otra el paraguas, la frente en alto. Previendo una catástrofe Luis se ofrece a ir pero sin prestarle atención me posiciono estoica en el muelle a esperar a esa suerte de oxolote.

Desde el ventanal me miran sostener el paraguas como un escudo del viento que hay y la lluvia que cae. Bueno, no cae, más bien viene disparada de un costado. No me ven la cara pero preciento que la imaginan. Y no hace falta mucha imaginación para hacerse a la idea, idea que los horroriza con los minutos que pasan sin que la lancha aparezca. Luis se pone la capa y sale a la intemperie en un acto heroico. Su llegada se desluce con la bocina de Aníbal, que acerca la lancha prestamente.

Por un momento los astros parecen alinearse, deja de llover y la lancha se mece en paz sosteniendo a ese hombre sin gestos que se asoma por una ventana demasiado chica, como si tuviera la cara sin estrenar. El mismo que la otra vez.

Le pido un paquete de lentejas y Aníbal va a buscarlo al fondo de la lancha, momento que aprovecho para agarrar una bolsa de papas fritas que hay en exhibición y abrirla. Porque si se la pido

quién sabe qué cosa traiga ya en una bolsa lista para despachar. Mientras mastico le pido la cuenta y él me mira con su cara de alfajor, lápiz en mano, cuaderno en la otra. Se queda un rato mirándome así, paralizado.

—Sí, sí, agregame estas papas por favor —digo satisfecha, como para sacarlo de su estupor ante mi pequeña venganza, pero Aníbal sigue ahí parado mirando el paquete que ahora brilla entre mis manos. Hasta que después de un rato, así porque sí, saca la cuenta sosteniendo el cuaderno muy cerca de los ojos y extiende el trozo de papel que corta meticulosamente. Como si nada hubiera pasado.

Más tarde comemos el guiso de lentejas con la cara paralela a la mesa, un sol radiante nos calienta desde la ventana. No tenemos el suficiente coraje de levantar la vista del plato. Ni un comentario.

9 de octubre de 2020

Ayer el río bajó muchísimo y hacía un calor imposible para esta época. Nos metimos igual, así que anduvimos flotando en compañía de hojas, ramas, palos y a veces algún tronco. Pusimos en uno de los escalones del muelle algo para ir picando, y Luis inventó una mesa flotante para apoyar los vasos y una vela aromática que nos hizo sentir menos pena por estar chapoteando entre las malezas y la soledad de estos días.

10 de octubre de 2020

La marea subió tanto que la casa parece estar flotando en un río gordo, junto a unos cuantos árboles y algunos pinos. No se ve el camino que va del muelle a la casa, pero sabemos dónde está.

Hace tanto calor que los chicos salen a esperar la lancha almacén para ver si tiene palito bombón helado, y mientras esperan se ponen a nadar desde este muelle al del vecino, pasando por uno

que queda en el medio, que en realidad ya no es un muelle sino algunos palos saliendo para arriba a distintas alturas del agua.

Miro por el ventanal cómo nadan con la cabeza afuera y en cada brazada la giran para un lado y para el otro. Parece ser un gran esfuerzo, cada uno embutido en su chaleco salvavidas. No se los ve desesperados aunque intuyo que van tragando mucha agua. Pienso que si se cansan pueden parar y volver caminando por los senderos que no se ven pero más o menos se sabe dónde están, y me quedo tranquila. Pero no, ellos siguen nadando.

Cuando se escucha el motor de la lancha aceleran la marcha y se mueven más pero avanzan menos, así que salgo a darles una mano con los helados. Para cuando llegan, la lancha ya se está yendo. Jadeando suben la escalera y los recibo con un torpedo de naranja y frutilla para cada uno, su favorito. Mojados y desparramados en el muelle lamen sus helados, yo me siento en un escalón a ver cómo las pequeñas olas del río me acarician los pies. Y cuando pasa alguna lancha está buenísimo, porque los golpes del agua contra la madera nos tiran una lluvia que nos viene bárbaro.

10 de octubre de 2020, de noche

Los chicos con 41 grados de fiebre y gastroenteritis, y el río que nos aisló más de lo que estábamos, privándonos del acceso a la parrilla y a toda la zona de abajo de la casa. Justo hoy, que pensábamos hacer un asado.

12 de octubre de 2020

Hay un palo, un tronco, que sobresale del agua justo en frente de la casa, en la orilla del otro lado. Cada vez que me tiro en la hamaca paraguaya que cuelga de los pilotes que la sostienen lo veo. Y siempre tiene puesto arriba, como si estuviese pegado, un pájaro del mismo color que el palo. Es una especie de óvalo inclinado a

cuarenta y cinco grados en relación al agua, del que sale por la parte de abajo como dibujada una rayita y por la parte de arriba una curva, no mucho más gruesa que la cola, sosteniendo la cabeza. La cabeza es una bolita en relación al pico que tiene dimensiones casi desproporcionadas con el resto. Pero casi, porque ni siquiera no habiendo visto nunca un pájaro en mi vida diría que eso que se adhiere al palo es una deformidad. Lo que sí diría es que forman parte de una misma cosa, pájaro y palo. Tiene el pico apuntando para arriba, como si se tratase de una extensión, una intención esforzada por prolongar la longitud del tronco, posición que conserva hasta cuando pasa alguna lancha y que abandona cerca del mediodía donde hay un poco más de tráfico. Pero eso no lo sé muy bien porque suelo irme a almorzar antes.

También hay perros, muchos perros. Tuvimos que improvisar una especie de puerta poniendo las reposeras de costado en la entrada del balcón galería, una zona muy habitada donde hicimos entrar solo cuatro hamacas y nos turnamos. Hoy me tocó usar la de abajo, los chicos no están muy bien así que dormitan más de la cuenta en las de arriba mientras Luis les cuenta algunas historias.

Me traje provisiones y un libro. Está bueno el libro, en la tapa tiene un pájaro. Es una tapa que le puse cuando lo arreglé porque se había mojado al quedar adentro de una de las macetas de la terraza. Le puse una tapa lisa, casi dura, toda blanca. Pero como no había quedado conforme le pedí a mamá que le dibujara un pájaro, porque a ella le salen bien de tanta práctica. Cuando era joven tenía como hobby hacer expediciones para avistar especies nuevas, al menos para ella. Un pájaro muy bonito que no tiene nada que ver con el contenido. O no sé, siempre estoy haciendo el esfuerzo de conectar una cosa con otra y a la larga termina siendo la imagen justa, insustituible. Me hubiera preguntado si mamá lo había leído al libro para componer una tapa tan apropiada si no hubiera visto ese dibujo colgado entre muchísimos más en una de las paredes de su casa.

Pero por ahora quedan los pájaros suspendidos en la atmósfera cargada de mosquitos que me veo obligada a atravezar para preparar algo de comer.

14 de octubre de 2020

Después de los chicos fuimos cayendo los grandes. Fiebre, polenta, té con galletitas de agua. De la cama a algún sillón o a la hamaca paraguaya. Ni al muelle nos asomamos. Tuvimos la delicadeza de freezar todo y no dejar nada a la vista para no generar malos momentos. Pero ni una sonrisa, ni nos dirigimos la palabra. Cada uno haciéndose su taza de té en el momento que quiso y arrastrándose hasta algún lugar donde tirarse por un rato y probar suerte con el sueño. Ahora estamos todos un poco más delgados, pero ni se nos ocurre todavía salir del arroz blanco y el vaso de agua. Andamos por la casa como desinflados, haciendo lo mínimo necesario.

25 de octubre de 2020

Escribo desde el diván que hay a unos centímetros del ventanal, donde solemos sentarnos a la hora de los mosquitos a ver el atardecer entre las ramas de los árboles de en frente, solo que esta vez recostada, somnolienta. Con Luis venimos dedicándonos más bien a la contemplación, cosa que los chicos cultivan poco y nada. Luis está del otro lado del ventanal, puso una de las hamacas cruzando de un árbol a otro como si fuera una barrera para pasar al muelle.

Miramos el río y yo, a parte de eso, lo veo a él cacheteándose. Matar mosquitos, una de las actividades que se desprenden de esta práctica contemplativa y que, desde que decidí instalarme en el diván, me ahorro. Aunque puedo llegar a sufrir tal vez muchas interrupciones hogareñas y a parte quedo privada de la atmósfera isleña al cien por ciento. Pero no se puede todo tampoco, a veces

hay que elegir y la verdad, en estas circunstancias, no tengo muchas pretensiones. O eso venía pensando más temprano. Me imagino que será así, no sé, por lo pronto me da igual, sobre todo ahora que a una de las pocas lanchas que pasan se le paró el motor justo en frente nuestro.

Luis con el anotador sobre las rodillas, masticando la punta trasera del lápiz como hace unos cuarenta minutos, mira la situación sin inmutarse. El tipo de la lancha tira de una cuerda insistente pero nada. Cada vez más colorado y abrupto, mirando de vez en cuando a Luis que sigue ahí, mascando la madera que en algún momento supo llevar la inscripción HB en negro sobre amarillo.

Después de un rato el tipo me hace señas a mí, que miro para donde está Luis, que me mira con el lápiz en la boca con gesto zen. Por las dudas no me muevo y el pobre hombre, exponiendo dos lamparones en crecimiento que asoman por debajo de los brazos, saca un remo muy corto y empieza a intentar mover la lancha hasta nuestro muelle. Un gran esfuerzo, batiendo el agua por un buen rato, pero nada. Nos mira de nuevo y hace gestos negativos con la cabeza, a lo que Luis tampoco reacciona y yo sigo su ejemplo. Entonces el hombre, pasado un rato de mirarnos y decir algunas cosas que al menos yo no escucho impedida por el inmaculado vidrio, prepara un lazo con el cabo de su lancha y se dedica a embocarlo en el palo que sobresale de al lado de nuestro muelle. A estas alturas ya están sentados al lado mío los chicos, compenetrados con el espectáculo.

Cada tanto el hombre descansa y vuelve a mover la boca, a veces hace gestos con las manos y los brazos, hasta que retoma la actividad. Después de algunos minutos finalmente lo logra y todos, incluido Luis, nos paramos ovacionando la buena puntería, aplaudiendo, silbando, felicitando al hombre que una vez que amarra la lancha sube al muelle colocándose un tapaboca con actitud dudosa. Luis, que ya había abandonado la hamaca para festejar, sube rápido a la casa y cierra la puerta. Desde el ventanal,

sentados en el diván, miramos al hombre que también se decide a subir y golpear. Tomando coraje después de un sorteo rápido, le entregamos un barbijo y Luis abre e intenta ocupar con todo su cuerpo el espacio para entrar, dejándonos poco margen para mirar la escena. Una conversación breve, sin exabruptos, y se va con la piragua, el hombre y su motor río arriba. Nosotros nos quedamos mirando por el ventanal un rato más, aprovechando que es justo la hora en que el sol baja y se ve todo tan bonito.

8 de noviembre de 2020

La verdad es que estamos pasados por agua. Ayer vimos con alegría cómo el río de a poco iba tapando los últimos escalones del muelle y empezaba a lamer los primeros de la casa. Eso ya no nos pareció tan simpático, pero tampoco fue para tanto. Lo que resultó tremendo fue el sorteo por el que tuve que arremangarme las bermudas, desatar el nudo sumergido en barro, y llevar la piragua desde un árbol hasta la parte de abajo de la casa como si se tratase de un caballo viejo y estúpido, esquivando unas plantas preciosas que dan racimos de flores listos para el jarrón, pero que en este tipo de situaciones resultan ser un estorbo.

La habíamos atado salteándonos el muelle, aprovechando que podíamos llegar remando hasta la escalera que sube a la casa. Un paseo hermoso dejándonos llevar por la corriente. La vuelta no tanto. Luis sudando preocupado, un solo remo y sin provisiones, viendo que la mayoría de las casas están cerradas por el aislamiento y con el agua hasta la puerta, sin nadie a quién pedir auxilio. Hasta que por suerte un conglomerado de músculos en kayak se ató nuestro cabo a un extremo y nos remolcó sin esfuerzo pero con distancia. Insistimos en invitar al musculoso con algo en agradecimiento por el aventón, pero el hombre insistió más que nosotros en seguir viaje, así que lo dejamos ir.

Entonces, gracias a la democracia azarosa que practicamos desde que llegamos a la isla, tuve que abrir la puerta del espacio que hay

abajo de la casa, donde conviven unos motores que exhiben sin pudor toda su monstruosidad con una cantidad de cosas que, de repente y con la subida, pasan a primer plano. Todas ahí flotando como en un naufragio, alumbradas por la lamparita de 40 vatios bajo consumo, luz blanca, una tragedia. Sillas de plástico, gomón, inflables, baldes, andariveles, mangueras, flota flota rosa, celeste y salmón, palos, ramas, hojas, la caja de pesca de Luis y desperdicios de toda índole debido al aviso de que por un tiempo los recolectores de basura no van a pasar. Una porquería. Y yo ahí chapoteando en el barro que me llega hasta arriba de las rodillas, intentando domar la piragua para que se sume al desastre lo más rápido posible.

—¡Prendé el motor que en cualquier momento cortan la luz y sonamos!

¿El motor? ¿Qué motor? Por la ventana entreabierta de tres vidrios paralelos esmerilados por una capa generosa de tierra veo entrar una luz mortecina que me deja notar, con todavía más nitidez que antes, esos aparatos llenos de caños, mangueras, cables, fierros y quién sabe qué otras piezas emergiendo inmóviles del agua en distintas zonas del lugar, contrastando horriblemente con el resto de las cosas en continuo movimiento por el ir y venir del fluido en el que se vienen meciendo. Espantada por la posibilidad de una inminente electrocución grito pidiendo auxilio y Luis baja muñido de linterna y palo, adminículos indispensables para someter al aparato y hacerlo andar.

Hay que discernir cuál de todos esos exponentes es el indicado y encontrar cómo prenderlo. Luis, después de echar un vistazo rápido, dice que la mejor manera de solucionar un problema es desde afuera, así que empieza a apuntar a las paredes con la linterna y da así con el veredicto. En una de las paredes una perilla con un cartel de considerable tamaño con la palabra “bomba” en mayúsculas. Un susto atrás de otro, pero Luis resuelto, sin dejar de apuntar con su rayo de luz, empieza a maniobrar el palo con el que

intenta levantar la perilla sin éxito, hasta que un estrépito llena el lugar con ese sonido que día a día escuché como si se tratase de un bicho más de la zona, pero esta vez con semejante potencia que del susto resbaló y terminó desparramada entre los desechos, colmada de uno de los mayores desconsuelos que nunca en la vida imaginé que iba a llegar a experimentar.

19 de noviembre de 2020

Afuera diluvia. Otra vez el río a los lenguetazos asciende hacia la casa, pero por el momento no desaparecieron los caminos ni el muelle, aunque de tanta agua que cae los árboles están como aplastados. En el muelle de enfrente que queda un poco a la derecha se ve al viejo de los perros empapado esperando algo. ¿Será una lancha? ¿La lancha almacén?

—¿Pasará Aníbal hoy? —dice Luis, que está mirando lo mismo que yo desde el ventanal. Estamos todos sentados en el diván pasándonos un gran vaso de licuado para ir compartiendo de a sorbos. Es por los panqueques con dulce de leche que hacemos cada vez que llueve, por eso le mandamos un mensaje. Una pena tanta imprevisión.

Solo uno de los chicos mira para otro lado porque no puede ver a ese hombre, dice que lo huele desde acá, incluso con el vidrio cerrado. Con la lluvia se le alargaron los rulos de la barba y del pelo, y se le estiró la camisa verde que lleva siempre puesta. Los perros sentados uno a cada lado.

Estamos todos abstraídos con la situación, nunca vi caer tanta agua junta. De repente el sonido del teléfono nos saca del trance y el contenido del mensaje nos mete en una melancolía horrible por saberlos sin la posibilidad del acostumbrado ritual. Aníbal no piensa salir con la tormenta. Hasta el viejo de enfrente parece acongojarse con la noticia, porque en ese mismo instante da la

vuelta y se va demasiado lento del muelle, como si esperara todavía la llegada de eso que no apareció.

Luis, sintiendo la pena que flota en la atmósfera, respira hondo y se ofrece a salir con la piragua. Yo digo que no, que mejor esperemos a que pare, pero a los chicos se les iluminan la caras y les brillan los ojos, tienen las manos unidas como si estuvieran rezando.

Miro para afuera y me parece una demencia salir. Intento hacérselo notar, que mejor esperemos a que pare un poco, y él dice que no, que va a ser cada vez peor. Insisto, insiste. A tal punto que llega a la conclusión de que, si vamos a morir ahogados, mejor va a ser que disfrutemos hasta el último momento, a lo que los chicos asienten concienzudamente al mismo tiempo que Luis se pone el salvavidas arriba de la capa y mete billetera y bolsa en el bolsillo de adelante.

Viendo que la discusión llega a su fin aprovecho a pedirle algunas cosas extra por si llueve demasiado y necesitamos un refuerzo. El más grande de los chicos lo sigue con el valde de la carnada, y mientras me imagino por dónde voy a empezar a prepara la merienda me recuesto para ver cómo penetran en el bloque tormentoso, Luis remando y el nene sacando el agua con una velocidad inaudita.

21 de noviembre de 2020

Días de sol y música. El sol tremendo y la música imposible. En frente se ponen a cortar el pasto y gracias a eso podemos ver que hay una casa. Lo curioso es que para afrontar semejante tarea los habitantes del lugar estuvieron meta cumbia y bachata durante estos últimos días ininterrumpidamente.

Simpático, pegadizo pero demasiado extenso. Temprano arrancan con música y motores, y tipo cuatro de la mañana seguimos saltando al ritmo de los de enfrente. Probamos con no salir para

poder escucharnos entre nosotros, incluso cerramos vidrios, cortinas, postigos y nada, como si tuviésemos una fiesta adentro.

Luis quiere entrar en contacto desde el muelle y con su voz de tenor persuadirlos de las ventajas de vivir en armonía con el contexto y, sobre todo, sus habitantes, pero por más esfuerzo que hace su voz no puede penetrar en ese espacio sonoro. Visual sí, les hace señas y los otros lo saludaban. Primero dejan sus faenas por un segundo para devolverle el gesto y después, cuando terminan el trabajo, se limitan a levantar el pulgar desde las reposeras.

Ni una uña me queda sin estropear. Al final hacemos las cosas del día medio bailando y una de las canciones me la terminé aprendiendo, la llevo tatuada en el tímpano.

Hace un rato y como por arte de magia vimos cómo levantaron campamento en un abrir y cerrar de ojos. También vimos cómo unos minutos más tarde llegó prefectura, dio unas vueltas y se fue. Así que nuevamente acompañados por el canto de los pájaros y alguna que otra lancha, volvemos a ponernos en remojo, tirarnos de bomba y calentarnos al sol.

26 de noviembre de 2020

Estoy en la hamaca que queda abajo de la casa y veo que en el palo ahora hay dos pájaros. Porque el palo está un poco torcido y le deja lugar a un segundo, incluso a un tercer pájaro, pero así, como de costado. Desde acá los veo bien, y también lo veo a Luis que puso de nuevo su hamaca en la entrada del muelle.

Está leyendo un libro que encontró en el cajón de la mesita de luz. Cuando terminamos de comer nos comentó que había encontrado el primer tesoro, un libro que empieza en la página 9 y termina en la 54, que no tiene tapas y que en el medio le falta una porción de hojas. Estuvimos inspeccionando en otros cajones si por casualidad estaban las partes faltantes, pero no. Ahora mira el libro por delante y por detrás, hojeándolo, leyendo al azar algunos

fragmentos para ver, supongo, si reconoce el contenido, acostado en la hamaca que ocupa gran parte de mi horizonte. Porque siempre buscamos algún tesoro escondido en los lugares nuevos, lo llamamos reconocimiento. Es algo que hacemos sin desesperación para no agotar tan rápido el factor sorpresa.

Durante la cena nos ponemos a hablar de la luna llena, de que no están pasando casi lanchas, ¿será por la cuarentena o porque habían dicho que iba a llover pero al final no llovió? También comentamos que el clima es excelente... todo perfecto, lástima los mosquitos.

—Pasé una noche maravillosa, pero no fue esta —digo, con el tesoro deshojado a upa. Lo tengo en la falda, abajo de la mesa, y a cada cosa que alguno dice le respondo con alguna frase. Todavía no notaron el artilugio y me alejan la botella de vino.

—Bebo para hacer más interesantes a las demás personas — insisto mirando hacia abajo. Luis está en frente mío y no sabe si estoy mirando el plato de comida o qué.

Los chicos van entusiasmándose con ese sobresalto previo a la catástrofe, pero yo sigo ensimismada, mirando para abajo: “Estos son mis principios, pero si no les gustan, tengo otros”. Y ahí deciden terminar de comer en silencio y lo más rápido posible, cosa de levantarse y dar por terminado el asunto, que conociéndome como me conocen saben que puede durar pasando la madrugada.

Entonces, cuando están terminando de levantar la mesa, recito: “Es mejor estar callado y parecer tonto que hablar y despejar las dudas definitivamente”.

15 de diciembre de 2020

Seguimos en la isla y el calor nos hace agonizar, se cortó la luz y está imposible. Así que me vine al muelle a ver si me refresco un

poco. Y como el sol está insoportable me tiré al río con el gomón, con el que terminé flotando abajo del muelle para evitar quedar fucsia. Desde acá los veo venir con una bandeja repleta de cosas, la sombrilla y reposeras. Pienso en subir pero está tan lindo que me quedo a mirar cómo sus movimientos recortados por las tablas hacen aparecer y desaparecer los rayos de sol.

Los chicos hablan de las provisiones, de que va a hacer falta llamar a la lancha almacén, y Luis les comenta que la última vez no había venido porque se sentía obligado a respetar la cuarentena, que no cree... Entonces va a haber que ir a buscar esto, le responden y extienden algo que intuyo será la lista que dejé pegada al lado del número de teléfono de Anibal, la que Luis recibe con un silbido largo, de cadencia descendente. Lee y al rato agrega que está anunciado lluvia para más tarde. Todos miramos el cielo y, por lo menos desde acá abajo, no se ve ninguna nube.

Están amontonados debajo de la sombrilla tan cerca uno del otro que en vez de hablar cuchichean. Al principio me divierte pero después de un rato empiezo a preocuparme, ¿estarán hablando de algo que yo no debería escuchar? ¿Se habrán dado cuenta de que estoy acá abajo? ¿Será que no saben dónde estoy y se trata de sorprenderme? ¿No les parece extraño que no haya aparecido por el muelle hasta ahora? ¿Qué estarán tramando?

La inquietud me hace evaluar la posibilidad de perder este encantador refugio a cambio de una pequeña porción de sombra allá arriba. Como no me convence pienso en qué habrán traído para merendar, que me hace dudar bastante. Pero también pienso en que hace un buen rato están encorvados sobre quién sabe qué delicias seguramente ya extinguidas, en cuyo caso subir sería un despropósito. Aunque por lo menos dejaría de escuchar ese murmullo perturbador.

Mientras floto con las manos y los pies en el agua siento una rama y entiendo inmediatamente todo. Por entre las tablas deslizo la punta, pincho una de las partes de los pies que asoman y la bajo

rápidamente para que no se descubra la artimaña. El pie se corre de lugar y sigo con otro, que también se desliza hacia un costado. Me entretengo con un par más de pinchazos hasta que recibo una lluvia de off que me hace perder tan maravilloso lugar. Entre mis estornudos y sus gritos uno se asoma por la escalera y otro se tira de bomba para ver mejor. Y sin darnos un segundo para explicaciones empiezan a caer algunas gotas que nos desconciertan y nos obligan a volver a la casa.

Miramos por el ventanal cómo se cubre el cielo y oscurece velozmente y, antes de que se largue del todo, Luis se mete adentro de su capa, se pone el salvavidas y sale con el remo al hombro en busca de la piragua. Lo vemos desaparecer debajo de la casa y volver a aparecer tironeando del cabo con el que remolca la piragua hasta el agua. Una vez listo nos saluda antes de partir y se me hace un nudo en la garganta.

En la casa reina el silencio. No hay luz desde ayer a la noche y nadie habla. Cada tanto hacemos algún comentario. Lo primero que se escucha es “parece cerca pero es lejos”, como si estuviéramos dándonos explicaciones en voz alta sobre la tardanza de Luis.

Afuera llueve a cántaros. Me asomo por el ventanal a cada rato agarrándome una mano con la otra y los chicos se instalan en el diván a tomar nota.

18.46 Con semejante lluvia no debe ser fácil.

18.53 Seguro paró en un muelle.

19.07 Debe haber llegado y se quedó ahí.

19.20 La verdad es que no pasa un alma.

19.35 Se llevó el celular.

19.39 Aunque si se le mojó...

19.41 Tal vez se le acabó la batería.

19.58 Sí, se debe haber quedado sin teléfono.

20.15 Y la luz que no vuelve.

20.27 Lo único que faltaría es que nos quedemos sin agua, ¡linda paradoja!

20.34 Nos quedamos sin agua.

20.48 Va a haber que esperar.

20.50 Tenemos pan para tostar, dulce... preparamo algo.

21.15 No sé qué pensar.

21.22 No quiero ni pensar.

Llevo unas tostadas con dulce y café. Me siento en la punta del diván comiendo con la mirada perdida en el horizonte, que de a poco va desapareciendo dejándole el lugar al reflejo de la vela que los chicos acaban de prender.

16 de diciembre de 2020

Luis no vuelve hasta hoy al mediodía. Enfurecida miro con los puños clavados en la cintura sus gesticulaciones, y él que no para de hablar. Parece que en el camino se cruzó con un castillo inflable que iba flotando a la deriva con un hombre entrado en años asomado por una de las ventanas. El hombre le hacía señas y Luis que no entendía. Hasta que se acercó y se abrazó a una de las gomosas columnas. Por suerte tenía enganchado en alguna parte el cabo de la piragua, si no la perdía.

Y así medio colgando fueron río abajo intentando entenderse con el viejo, que le contaba sobre sus papás, la casa de su infancia y quién sabe qué otras cosas. Pero no le decía qué hacía ahí metido. Después de un buen rato el oleaje empezó a crecer y a Luis le pareció mejor subirse al castillo y tratar de dominarlo. Ató la piragua a un extremo y se sentó cerca del viejo, usando el remo como timón.

Sentados a la mesa escuchamos con los ojos muy abiertos, masticando los pochoclos que hice con lo último que quedaba para comer, porque Luis no logró aprovisionarse. Lo que sí trajo fue al inflable y al viejo, que dice llamarse Roberto.

Estuvieron sorteando obstáculos toda la noche mientras el viejo no paraba de hablar. Luis en un momento dejó de prestarle atención y se dedicó a trajinar con el castillo, que como era de dimensiones bastante grandes traía varios problemas de navegación.

Ahora que Roberto se quedó dormido, Luis nos cuenta con cierta congoja que al parecer el tipo desvaría, que cuando venían en la piragua remolcando el inflable le contó que estaba preocupado porque le había dicho a su papá que ya volvía y ahora no sabía cómo.

Tragamos los últimos pochoclos con cierta angustia, mirando al viejo dormir como un bebé en el diván, acurrucado.

17 de diciembre de 2020

Me despierto pensando que el viejo está tironeando de una soga con la que no sé si sin querer o queriendo me va ahorcando. Cuando abro los ojos desesperada me doy cuenta de que di tantas vueltas que me enrredé con las sábanas como si fuera una bufanda gigante. O eso quiero creer. Me acerco muy despacio con la intención de ver si Roberto sigue en el diván y sí, ahí está, acurrucado como lo habíamos dejado. Y cuando me doy vuelta me encuentro con Luis y los chicos mirando desde la cocina lo mismo que yo, pero con una taza de café instantáneo cada uno en sus manos. Así que me sirvo una y me paro al lado de ellos a esperar, pero el viejo no se mueve.

—¿Estará bien?

—Para mí que habría que dejarlo descansar.

—Sí. O no. Depende.

—¿De qué?

—Digo, por lo menos habría que ver si respira.

—¿Tocarlo?

—Mh.

—Entonces esperemos un poco más.

—¿Más?

—Un rato.

—Unas horas.

En silencio, para no molestar, cada uno se va a hacer sus cosas. En realidad ninguno tiene mucho que hacer puntualmente, pero nos ocupamos en revisar todo en busca de algo para comer, después Luis se pone la capa y se lleva unos palos para tocar los cables e intentar hacer volver la luz, los chicos se van para el lado de las habitaciones y yo me quedo sentada a la mesa con un nuevo café, atenta a cualquier movimiento de Roberto.

Con los minutos la vista empieza a jugarme una mala pasada, y no solamente veo algunos movimientos en Roberto sino también en el diván, en la mesa y en los sillones. Horrible. Y para colmo la tormenta, con semejante ruido ni aunque roncará muy fuerte podría escucharlo. Por suerte los chicos van y vienen, y logran distraerme un poco.

17 de diciembre de 2020, más tarde

Si con la luz del día lluvioso Roberto parecía bailar con los sillones es inexplicable cómo parece moverse ahora que lo miramos a la luz de las velas. Nadie se anima a acercarse. No sabemos qué hacer. Ni qué comer para calmar las tensiones que semejante situación nos genera. Propongo un sorteo, pero nadie contesta. Así que vamos a hacer un sorteo para ver si hacemos un sorteo. Y en

el caso de que tengamos que sortear, lo que definiríamos es algo que no queremos ni pensar.

Después de tirar la moneda nos vemos obligados a tironear de un palito cada uno, al que le toca el más corto se las va a tener que ver con el viejo. Y así es como me dirijo hacia Roberto con una mano extendida y una vela en la otra.

Sufrimos horrores los interminables minutos que tardo en llegar. Y cuando por fin apoyo mi mano en el hombro del viejo, uno de los chicos pega un grito y Roberto se sobresalta, haciéndonos formar un coro de alaridos que pasan del horror al júbilo con la rapidez del rayo que nos ilumina en el momento justo de la transición, como si nos sacaran una foto cósmica.

18 de diciembre de 2020

Festejamos la resurrección de Roberto y la aparición de algunas provisiones en un pliegue del castillo gracias a un feliz chispazo en la memoria del viejo.

21 de diciembre de 2020

Se acabó la vitualla y no para de llover. Luis vuelve a salir en busca de provisiones. Roberto se queda con nosotros esperando. Lo sentamos entre los chicos y yo en el diván, y comparto con él los últimos tragos del licor de naranjas que habíamos preparado especialmente para traer al Tigre. Ya nos tomamos lo que quedaba del vermut y los remanentes de tragos y vinos que fuimos encontrando. Pero todo eso antes de que se fuera Luis, despidiéndonos entre risas y abrazos, chochos por las delicias por venir.

—No sé si fue buena idea.

—¿Compartir?

—No, tomar tanto.

Es verdad que no le embocaba a la piragua, pero a pesar de eso se lo veía bastante bien. En realidad siempre se lo ve perfectamente, a no ser que se ponga a hablar. Aunque cuando se lo escucha nunca se le nota si tomó o no tomó. En todo caso y pese a las apariencias, todo indicaría que le va a resultar difícil llegar y todavía más difícil comunicarse.

Inflados de paciencia, a fuerza de suspiros, nos quedamos emparedando a Roberto a la espera de novedades.

22 de diciembre de 2020

No vuelve. Estamos realmente preocupados, no pudimos cargar los teléfonos así que por más que haya enchufado el suyo acá no habría modo de saberlo. Roberto sigue sentado en donde lo pusimos ayer, no sabemos si habrá dormido así o habrá vuelvo a la posición antes de que nos levantemos. Tampoco sé si los chicos habrán descansado. Yo me fui a dormir, harta de mirar cómo cae ininterrumpidamente la lluvia sobre todas las cosas.

Perdemos la noción del tiempo pero sabemos que está funcionando el Casio que encontramos en uno de nuestros reconocimientos. Es como si el tiempo fuera otra cosa si no lo miramos, una cosa que chorrea del otro lado del ventanal y nos encapsula en un paréntesis húmedo de madera y vidrio. Y estamos como flotando acá adentro, ¿será la resaca? ¿O que no comemos hace quién sabe cuánto? ¿Tal vez la incertidumbre, la espera?

Miro a los chicos que miran a Roberto que mira para afuera. Están agazapados, parecen animales acechando a su presa. Pero el viejo no sirve ni para sopa, así que no creo que pase a mayores. Aunque no sé ya qué pensar. En realidad no sé si quiero pensar. No sé si puedo. Así que mejor volver a dormir.

¿22 de diciembre de 2020, más tarde? ¿O 23 ya?

Me despierta el alboroto de los chicos haciéndome pensar que Luis había vuelto, pero en realidad pasa que encontraron una caja con conservas. Deben haber venido con la casa porque no la teníamos registrada entre nuestros bártulos. Así que no sabemos de cuándo son, pero se las ve muy bien, y ni hablar de lo ricas que están. Chochos. Volvemos a nuestros puestos en el diván y desde ahí seguimos montando guardia junto a Roberto, que va picando también un poco de cada frasco mientras no dejamos de mirar con una sensación de inminencia constante.

¿24 de diciembre de 2020?

Finalmente el agua lame nuestra puerta. Fue reptando por las escaleras durante los últimos días y ahora se estira empujada por el viento, intentando alcanzarnos. Roberto, que no se mueve hace mucho tiempo, suspira hondo con la mirada fija en la ranura por la que asoma con insistencia el ingrato fluido y comienza un esfuerzo ascendente que termina por despegarlo del diván. Lo miramos como a una deidad, cada uno recostado en el diván después de haber dormido quién sabe cuánto.

—Nos vamos.

Asombrados y sin preguntar preparamos algunas cosas para llevar con nosotros, pero no muchas. Y así, sin hablar ni cuestionar, lo seguimos al viejo que parece saber perfectamente lo que hace. Va como siguiendo un llamado, siempre con la mirada en un horizonte que no llegamos a ver.

Así es como nos entrega, con un profundo gesto de gravedad, un remo a cada uno, que recibimos con veneración. Nos ubicamos uno en cada ventana lateral y el viejo atrás, timoneando, nos da la orden de remar. Insiste con su reee-mén, reee-mén, que se convierte en un mantra.

Y así nos alejamos, subidos al castillo inflable, con un nudo en la garganta y una sensación que no sabemos si es angustia, hambre, incertidumbre, esperanza, pero que reemplaza bastante bien, o al menos renueva, las emociones que se nos venían enmoheciendo detrás del ventanal.

¿26, 27 de diciembre de 2020? ¿Tal vez enero ya?

Estuvimos a la deriva quién sabe cuánto tiempo, sostenidos por el mantra inagotable del viejo, que nos despidió desde el castillo sin querer bajar, siempre con la mirada más allá de nosotros. Lo vimos alejarse desde el muelle de prefectura, disimuladas las lágrimas de tanta agua que teníamos encima.

Ahí nos dijeron que habían salido a buscarnos con el hombre que tuvieron detenido por causar disturbios debido a su ebriedad, que después atribuyeron a cierta demencia para finalmente, y gracias a una insoportable insistencia, dar crédito a lo que contaba. Aunque a esas alturas no creían que en esa zona hubiera quedado nada en pie.

Así que seguimos esperando, ahora sentados en banquetas y estirándonos para poder asomarnos por las ventanas del container, donde compartimos estufa y café con los gendarmes a dos metros de distancia. Nos hicieron el test y nos prestaron unas mantas, que de a poco nos van absorbiendo el agua que se nos coló hasta la médula y uno, commovido por nuestros relatos, nos alcanzó la cremona que veníamos mirando desde que llegamos.

Enero de 2021

Acá estamos, sanos y salvos, refugiados en casa, disfrutando del nuevo año de aislamiento entre un despliegue de platos y delicias imposibles de describir. Los distribuimos entre los helechos, que crecieron en nuestra ausencia monstruosamente. Voy y vengo de

la cocina como si fuera una selva, algunos manjares decorados con fruta en la barra entre las plantas, las carnes y platos fuertes en la mesa del comedor, los bocados dulces y salados en la mesa del living, la cocina y la terraza, junto a algunas otras cosas para ir picando. Bebidas de todo tipo, por todos lados copas, vasos y tazas a medio vaciar. Una fiesta. Y en la terraza Luis componiendo maravillas que nos llenarán de felicidad y devoción. Esquivando plantas, subiendo y bajando de un banquete a otro, brindamos por el viejo y nuestro encerrado porvenir.